

SELLO MORTAL

glenn parrish

CIENCIA FICCION

GLENN
PARRISH

SELLO
MORTAL

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO
n.° 333
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES -
CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 40.155 – 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.* edición: diciembre, 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPÍTULO PRIMERO

La nave se acercaba lentamente al suelo, que ya se veía a unos miles de kilómetros de distancia. Frente a los controles, Jess Ball tenía la atención profundamente concentrada en la tarea de llegar sin inconvenientes al astropuerto.

A su lado, el copiloto, vigilaba atentamente los instrumentos. Como Ball, Jake Dawson estaba plenamente entregado a la labor. La identidad de iniciales en los nombres había servido para el de la compañía de que ambos eran propietarios a partes iguales: J. J. Interspatial Transports.

Ball, con gran experiencia, era el piloto jefe, cargo que, gustosamente, le había cedido Dawson, mejor ingeniero que piloto. A su vez, Ball confiaba plenamente en Dawson para el buen funcionamiento de los aparatos.

—Esto no marcha —dijo Dawson de pronto, cuando la distancia al suelo era ya menor de cincuenta mil metros.

—¿Qué pasa? —preguntó Ball.

—No sé… Todos los instrumentos parecen en orden…, pero estamos en una nave vieja de más de ochenta años. Esto no es una astronave, es una reliquia… Todavía volamos con motores convencionales, cuando estamos en cotas atmosféricas o estratosféricas… Un noventa y nueve coma ocho por ciento de las astronaves usan ya propulsores gravitacionales… —Dawson soltó una maldición—. Jess, no se puede ser pobre. No es que nadie te mire a la cara; es que nadie quiere arriesgar su «pasta» para enviar mercancías en este cascajo…

Ball asintió silenciosamente. Su socio y amigo tenía razón. Pero ¿qué podían hacer? Tal vez, con muchos esfuerzos, podrían conseguir un crédito para comprar una nave moderna, aunque fuese de segunda mano. Pero durante toda la vida o poco menos, estarían en manos del Banco. Y tanto Ball como Dawson eran terriblemente independientes y no querían depender de nadie, sino de ellos mismos.

Aquel vuelo era de prueba. La nave se había averiado días antes. Tras varias jornadas agotadoras, en las que Dawson había dirigido los trabajos, habían conseguido ponerla de nuevo a punto. Ahora estaban ensayando el aterrizaje.

—Si todo sale bien, podremos ir a la agencia de Sandy Mellon para pedirle una carga —dijo Ball, cuando ya la distancia era inferior a los veinticinco kilómetros

Las luces oscilaban normalmente en el panel de mandos.

—Cuando llegue a tierra, me iré a dormir veinticuatro horas seguidas —dijo Dawson.

—Estoy de acuerdo contigo, socio.

No había dos hombres más dispares que Ball y Dawson. El primero era alto, membrudo, de pelo muy negro y ojos extrañamente claros. Dawson, pelirrojo, con barba de collar, medía poco más de metro cincuenta, pero tenía unos brazos como troncos de olivo. Los ojos, muy hundidos bajo los arcos superciliares, le conferían un aspecto simiesco muy poco agradable a primera vista.

Quien conocía bien a Dawson, sabía, sin embargo, que su apariencia obraba en las mujeres el mismo efecto que la miel en las moscas. Cuando no estaba trabajando era jovial, despreocupado, buen bebedor, sin llegar jamás a la embriaguez..., y terriblemente apasionado.

Ball era más serio, aunque jamás desdeñaba un rato de diversión, si se presentaba la oportunidad. Pero no era tan alborotador como Dawson: en sus acciones solía ser más sensato y ponderado. Quizá, por la misma disparidad de caracteres, se compenetraban tan bien los dos hombres.

Dawson andaba rondando los cuarenta años, en tanto que Ball era cinco o seis más joven. Ninguno de los dos era casado, si bien Dawson había probado el matrimonio una vez. Su esposa le abandonó, lo que le había obligado a pedir el divorcio. Dawson había jurado no reincidir más. Como el fracaso amoroso había tenido lugar a los veinticinco años, llevaba, por tanto, casi quince cumpliendo su palabra rigurosamente.

Una luz roja titiló de pronto en el panel de mandos.

—¡Algo va mal en el motor número dos! —gritó Dawson de repente.

—Rebaja la presión a la mitad —dijo Ball.

La luz roja siguió oscilando.

—Los controles no obedecen —informó Dawson, después de un atroz juramento.

—Cierra el combustible.

—Nos estrellaremos...

—¡Ciérralo, Jake!

Dawson movió una palanca. La luz roja se apagó.

—Descendemos con mayor velocidad, Jess —dijo sombríamente.

Ball asintió, con los ojos fijos en una esfera indicadora. El suelo estaba ya a cuatro mil metros de distancia.

—Vamos a caer en el centro del astropuerto, Jess.

—Pon en marcha el motor auxiliar número cuatro, durante cinco segundos exactamente… Es lo único que podemos hacer, Jake.

Dawson movió otra palanca. La nave desvió su trayectoria vertical, que se convirtió en oblicua, dirigiéndose hacia unos campos labrados situados en el mismo borde del astropuerto.

—¡Dos mil metros! —.anunció Dawson—. Velocidad de

descenso, sesenta y cuatro kilómetros a la hora. Jess, con un solo motor, no podremos...

—Dispara paracaídas de freno, Jake.

Dawson tocó dos botones seguidamente. Arriba, en la cúpula ojival de la nave, se abrió una compuerta.

El tirón de frenazo de cuatro colosales paracaídas, cada uno de los cuales media más de cincuenta metros de diámetro, se dejó sentir casi instantáneamente.

—Velocidad, treinta kilómetros por hora.

Ball consultó el altímetro.

—Jake, cuando yo te diga, conecta el motor averiado sólo por dos segundos —exclamó de pronto.

—Imposible. Estallará...

—Tenemos que hacerlo o la nave reventará como un melón maduro. Vamos, prepárate y... ¿Tienes puesto el arnés de seguridad?

Dawson maldijo entre dientes. Tocó un botón y una especie de recio y flexible chaleco envolvió instantáneamente su amplio torso.

—Mil quinientos metros —dijo.

—Prepárate para hacer funcionar el motor... Sólo dos segundos, Jake. ¡Ahora!

Dawson avanzó una palanca. La luz roja se encendió de nuevo.

—Uno... Dos... ¡Fuera! —gritó Ball.

Las patas soporte de la nave tocaron el suelo con tremendo golpe. Una de ellas se quebró y el enorme aparato se inclinó lentamente a un lado.

—¡Para el motor número uno!

Dawson atrajo hacia sí la palanca correspondiente. Pero, de pronto, vio algo que le puso los pelos de punta.

—¡Sigue funcionando, Jess!

—.¡Cierra todos los contactos! ¡Cierra el interruptor general!

La nave estaba inclinada ya en ángulo de 45°. Dawson movió sus manos con singular rapidez. A pesar de todo, varias lucecitas continuaron encendidas.

Una lámpara roja brilló súbitamente.

—¡La presión aumenta en el número uno! —aulló Dawson.

—¡Abre la válvula de emergencia!

—No puedo. Estamos en el suelo. Los gases formarían una bola de fuego...

Con sordo crujido, la nave quedó acostada al fin. Ball y Dawson lucharon por soltarse los atalajes.

—Pero ¿qué diablos ha pasado aquí? ¿Por qué no obedecían los mandos? —gritó Dawson, exasperado.

—Ahora no te preocupes de minucias. El motor número uno está a punto de reventar. ¡Vamos, vamos, larguémonos antes de que sea

demasiado tarde!

Gateando, arrastrándose, reptando en ocasiones, consiguieron alcanzar una de las escotillas de emergencia. Por encima del silbido de los gases inflamados que escapaban a altísima presión, oyeron aullidos de sirenas de los servicios contra incendios y de las ambulancias del astropuerto.

El suelo estaba a más de cinco metros de altura, pero ninguno de los dos socios vaciló un instante. Descolgándose con ambas manos, se dejaron caer. Rodaron por tierra y escaparon luego a todo correr.

De repente, se oyó un sordo rebufo. Puesto que estaban en campo abierto, Ball buscó un refugio con la vista. Sí, allí había una acequia de riego.

—¡Ven, Jake!

Los dos hombres se tiraron de cabeza al canalillo, por cuyo fondo corría una débil corriente de agua. En el mismo instante, una enorme llamarada se elevó a las alturas.

Ball alzó la cabeza un poco.

—Adiós, viejo camarada —dijo.

Dawson se puso de rodillas y apoyó los brazos en el borde de la acequia.

—Menos mal que tenemos al corriente las cuotas sociales —dijo —. De este modo, podremos cobrar el subsidio de paro. —Lanzó un juramento y añadió—: Pero eso sólo durará un año. ¿Y después?

—Jake, lo de menos es cómo vamos a vivir durante ese año —dijo Ball sombríamente, a la vez que se ponía en pie—. Lo que va a ser mucho peor será lo que se te echará encima..., y sin tardar mucho —añadió, a la vez que señalaba con la mano a un par de hombres que se acercaban al lugar donde se habían refugiado.

Dawson se puso en pie, sin preocuparse en absoluto de sus ropas chorreantes de agua.

—¡Rayos! ¡Es Magnus Ockers, el gerente de seguros!

—El mismo, Jake.

Los dos socios abandonaron la acequia, alejándose del foco de calor que era la nave todavía en llamas. Magnus Ockers, alto, delgado, de pómulos salientes y con los ojos situados tras unos anticuados lentes de pinza, les miró, entre burlón y colérico. A su derecha había un hombre de uniforme, con una estrella de siete puntas en el pecho. Era Latty, jefe de seguridad del astropuerto.

—Caballeros —dijo Ockers—, temo que se han metido en un buen apuro. No sólo han causado destrozos en una pista, sino que hay un enfurecido propietario de unos campos de labranza, que ya ha presentado una demanda, por daños y perjuicios.

Sonriendo, Ball sacó los forros de los bolsillos de sus pantalones.

—Pueden empezar a cobrar cuando gusten —respondió

significativamente.

—Sí, sí, ya sé que no cobraremos..., pero el señor Latty tiene algo que decirles —manifestó Ockers.

Ball apretó los labios. Ockers no les había tenido simpatía nunca, En realidad, detestaba a los pilotos independientes como ellos. Era demasiado ordenancista para no sentir incluso odio en ocasiones a hombres como Ball y Dawson, sin contar que, según se rumoreaba, estaba demasiado ligado a algunas poderosas compañías de transporte espacial, a las que molestaban los independientes que abarataban los fletes.

El jefe de seguridad carraspeó.

—Después de lo ocurrido, no lamento en absoluto decirles que su licencia queda retirada, en espera de lo que decida la comisión de Capitanes y Pilotos de Astronaves. Pero puedo asegurarles que la revocación de su licencia será definitiva. Al menos, mi informe estará redactado en ese sentido.

Ball se volvió hacia su socio.

—¿Has oído, Jake? —sonrió.

—Mis tímpanos son muy sensibles —contestó Dawson—. Ignoro cómo serán los del jefe Latty, pero apostaría algo a que oye perfectamente cómo le llamo hijo de Ockers.

Ball soltó una carcajada. Extendió ambos brazos y apartó a los dos hombres.

—Cuando se haya apagado el fuego, vendan la chatarra —dijo —. Puede que saquen lo suficiente para tomarse una cerveza. ¿Vamos, Jake?

Silbando alegremente, los dos hombres echaron a andar. La melodía que brotaba de los labios acanutados de Ball era una vieja marcha militar. Dawson dio un leve saltito y acomodó el paso con el de su socio. Tras ellos, dos hombres despechados lanzaban todo género de maldiciones e insultos.

CAPÍTULO II

Jake Dawson tiró de una llave y abrió la lata de cerveza, que ofreció a su amigo. Ball negó con la cabeza.

—No tengo sed —dijo.

—Estás muy pensativo —observó Dawson.

—Bueno, trato de ver qué empleo nos conviene más. Aquí hay uno del servicio de limpieza. ¿Qué te parece?

—¡Barrer las calles! —se estremeció Dawson—. Yo, todo un

ingeniero espacial...

—¿Prefieres morirte de hambre? Deberíamos haber elegido un hotel menos lujoso, pero tú eres hombre de gustos refinados..., y estamos al borde de la quiebra. Los pocos fondos que había en la cuenta de la sociedad han sido embargados, tú lo sabes bien. Y ya no nos queda dinero para pagar el hotel...

La puerta se abrió de pronto. Un hombre apareció en el umbral y les miró severamente. Ball pudo ver un papel en su mano.

—Deben ya el hospedaje de la semana pasada —dijo—. Espero que hayan liquidado su factura antes de las siete de la tarde. Si no es así, a las siete y cinco vendrá la policía. Adiós.

El papel revoloteó por los aires. La puerta se cerró de nuevo.

—Ese gerente no se anda con chiquitas, ¿eh? —murmuró Dawson, mientras se inclinaba a recoger la factura.

—Jake, si tú estuvieras en su lugar, ¿concederías crédito a dos astronautas arruinados?

Dawson rezongó entre dientes. Llevaban ya dos meses, después de la destrucción de su nave, y la situación no sólo no había mejorado, sino que ofrecía claros síntomas de deterioro.

Arrugó la factura y, hecha una pelota, la arrojó a un rincón. Luego, con el puño cerrado, se golpeó la palma de la mano izquierda.

—Jess, la nave estaba bien —exclamó—. Yo había hecho las reparaciones con absoluta seguridad. Sí, de acuerdo, era vieja, pero las piezas estropeadas habían sido sustituidas por otras completamente nuevas. No había motivos para-que se produjera un fallo...

—La operación resultó un éxito, pero el paciente se murió —dijo Ball sarcásticamente.

—No te burles de mí. Jess, las grandes compañías están dirigidas por hombres sin entrañas. Fíjate, ¿cuántos pilotos independientes quedan ya? Cada día son menos: unos ceden y se alistan en una empresa grande. Otros, los que tienen una nave moderna, ceden, venden y se alistan también en una gran compañía o se retiran. Podría citarte el nombre de dos o tres de esas empresas, para las cuales, pagar unos cuantos miles por provocar un sabotaje, es poco menos que el pan de cada día. ¡Y yo estoy seguro de que el accidente fue el resultado de un sabotaje!

Ball asintió en silencio. Si, su socio tenía razón. La era dorada de los pilotos independientes, los que volaban cómo, dónde y cuándo querían, cobrando precios más bajos, pero que, a pesar de todo, obtenían buenos beneficios, estaba a punto de extinguirse. Sólo quedarían las grandes compañías, rivales en muchos aspectos, pero aliadas a la hora de fijar los fletes. Horarios y trayectos fijos, todo reglamentado...

—Tal vez sea esto un símbolo del progreso —murmuró. Pero

también cabía la posibilidad de que, en la sombra, media docena de personas estuvieran preparando la constitución de un monopolio del transporte espacial.

De pronto, llamaron a la puerta.

Ball se levantó y cruzó la habitación.

—Si es la policía, no te resistas —dijo Dawson, irónico.

—Aún es temprano —contestó Ball a la vez que abría.

Entonces vio frente a sí a una hermosa mujer.

—¿Señor Ball? —dijo ella.

—Sí, yo soy.

—El señor Dawson, supongo, está aquí.

—A sus órdenes, preciosa —contestó jovialmente el aludido.

Ella le dirigió una fría mirada.

—Mi nombre es Marina Kessyn y deseo hacerles una proposición, caballeros —manifestó.

* * *

Era una joven de elevada estatura, muy esbelta, pelo negro y ojos oscuros, grandes y rasgados. Vestía un traje negro, largo hasta el suelo, si bien estaba completamente abierto por el costado izquierdo. No obstante, tres grandes botones de oro y diamantes impedían que el vestido cayera al suelo al andar.

—Entre, señorita Kessyn —dijo Ball—. Lamento no poder ofrecerle una bebida...

—No se preocupen.

Dawson acercó un enorme sillón, sosteniéndolo sin dificultad con una sola mano.

—Por favor, siéntese...

—Gracias, estoy bien de pie —atajó Marina—. Caballeros, he venido a hacerles una proposición. Si aceptan, ganarán cada uno cien mil solares, la décima parte de cuya suma les entregaré inmediatamente, en concepto de anticipo.

—Cien mil... —Ball creyó que perdía el aliento.

—Es lo que ganábamos antes en dos años —dijo Dawson.

—No se preocupen por esas cifras —manifestó la hermosa visitante—. Lo único que me importa es saber si aceptan o no mi proposición.

—Pero todavía ignoramos de qué se trata —exclamó Ball.

—Tengo una astronave. Quiero que me lleven a Jhittasur.

Ball respingó.

—Señorita Kessyn, temo que se ha equivocado. Tanto mi compañero como yo, no podemos pilotar una astronave. Nos han revocado las licencias definitivamente.

Una ligera sonrisa apareció en los rojos labios de Marina.

—¿Acaso creían que lo ignoraba? —dijo—. Pero ése es un asunto que carece de importancia..., hasta cierto punto, claro. Lo que sucede es que yo tengo mi propio piloto, pero es un tanto inexperto. Necesito dos profesionales de probada experiencia y veteranos y serenos en cualquier situación que se presente, por crítica que sea. Ustedes son esos dos hombres.

—No podemos volar...

—¿No pueden volar, usted como mi mayordomo, señor Ball, y el señor Dawson como camarero? ¿Qué ley existe que me impida contratarles bajo esas profesiones? Ningún delegado gubernamental estará a bordo cuando la nave despegue hacia Jhittasur; cuando estén sentados en el puesto de pilotaje, no habrá ningún comisario inclinado sobre ustedes o con un mandato judicial que les recuerde su licencia revocada. Pueden venir conmigo en esta forma..., y espero que los cien mil para cada uno acaben por persuadirles de aceptar mi proposición.

Ball y Dawson se quedaron estupefactos al escuchar aquellas palabras.

—Yo mayordomo —dijo el primero.

—Y yo camarero...

—Aparte de ustedes dos, sólo cuatro personas más viajarán a bordo de la nave, incluyéndome a mí —declaró Marina—, Por si no lo sabían, les diré que mi nave, la *Flying Blonde,* es una «Albatros-70». Supongo que conocen los tipos de astronave, ¿no es cierto?

—«Albatros-70» es el último y más moderno tipo de astronave, pero vale una millonada. Nosotros nunca pudimos reunir el dinero suficiente para comprarla —dijo Ball melancólicamente.

—La «Albatros-70» es una nave que obedecería incluso a la voz del piloto, como un perrito amaestrado —declaró Dawson con ojos muy brillantes—. ¡Aceptamos...!

Ball extendió un brazo.

—Aguarda un momento, socio —dijo. Había algo que no le gustaba en la propuesta de Marina Kessyn—. ¿Por qué ha de elegirnos precisamente a nosotros para ir a Jhittasur? Puede hacer el viaje en una nave de pasajeros...

—Prefiero viajar en mi propia nave —contestó Marina fríamente —. Y como me imagino que se están preguntando por los motivos de mi actitud, les diré dos cosas: primero, pago doscientos mil en total para que no hagan preguntas indiscretas; segundo, no llevamos ninguna clase de contrabando ni es un viaje ilegal, aunque si les daremos ciertas instrucciones, cuando ya estemos en órbita. Caballeros, necesito su respuesta, pero ha de ser inmediata. ¡Ahora mismo: sí o no!

Ball abrió la boca para decir algo. Quería formular una objeción, pero, en aquel instante, vio la bola de papel que era la factura del

hospedaje.

—¿Jake? —consultó.

—Sí —aceptó Dawson.

—De acuerdo, miss Kessyn. ¿Cuándo?

—Estén dispuestos para dentro de cuarenta y ocho horas. —Marina abrió el bolso y extrajo dos rectángulos de papel dorado—. Pueden cobrar sus anticipos en el First Universal & Galaxy —añadió.

—Una firma de garantía —comentó Ball.

—No me gusta actuar sin garantías. —Marina hizo una breve inclinación de cabeza—. Ha sido un placer, caballeros.

Al girar para marcharse, Ball pudo apreciar que, salvo un brevísimo *slip* de encajes negros, el vestido y los zapatos eran la única indumentaria que llevaba la joven.

—Fascinante —dijo Dawson, cuando se quedaron solos, con los ojos clavados en el cheque.

—Sí, muy guapa. Pero un témpano de hielo...

—Tonto, yo me refería al dinero. —Dawson lanzó una atronadora carcajada—. Jess, esta noche me voy a correr la gran juerga. Hay una dama en el Cyclone, que está muertecita por mis pedazos...

Ball sonrió.

—La conozco —dijo—. De todos modos, me gustaría saber por qué nos han contratado.

Dawson se encaminó hacia la puerta.

—A mí no me importa otra cosa que llegar al Banco cuanto antes, y volver con el dinero suficiente para refregárselo por las narices a ese marica de gerente. Hasta la vista, socio.

Ball se quedó solo. Sentíase preocupado por el contrato, pero, al fin acabó por pensar que, después de dos meses de disgusto continuo, bien merecía la pena procurar olvidarlos de alguna forma agradable.

Cuando se disponía a salir, oyó el tintineo de llamada del videófono. Se acercó al aparato y dio el contacto.

La pantalla se encendió, pero no apareció en ella ningún rostro humano. Una voz dijo:

—Capitán Ball, no acepte el contrato que le han ofrecido o lo pasará muy mal.

La comunicación se cortó antes de que el joven tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra.

* * *

Aquella tarde, Ball se compró algunas prendas de ropa, que ordenó enviasen al hotel. Cenó en un buen restaurante y, al terminar, se dirigió al Cyclone.

Dawson estaba en compañía de una espectacular rubia, cuya

única vestimenta consistía en tres diminutos trozos de tela roja, situados en los puntos más estratégicos de su exuberante anatomía. Ball sonrió al ver que Dawson y la rubia desaparecían, rumbo a los reservados del piso superior.

Un billete de diez solares le concedió una mesa situada en mejor sitio, para contemplar el espectáculo que se desarrollaba en el local. Al cabo de un par de horas, llegó a la conclusión de que ya se había divertido bastante, abonó la cuenta y se puso en pie.

Entonces, se le acercó una hermosa joven, vestida tan sucintamente como la rubia de Dawson.

—Salga por la puerta posterior —dijo la chica—. Marina quiere hablarle.

Ball arqueó las cejas. La joven se alejó rápidamente.

Después de unos segundos de duda, Ball buscó la puerta que conducía a la salida posterior. Llegó a un pasillo escasamente iluminado, alcanzó otra puerta y la abrió. Dio un par de pasos en el exterior y, entonces, algo silbó suavemente en el aire y se enroscó en su cuello.

Tardíamente se dio cuenta Ball de la trampa en que había caído. El fino cable metálico rodeaba su cuello y la presión se hacía rápidamente irresistible. En una fracción de segundo comprendió la clase de arma que iba a matarle.

Algunos la llamaban estrangulador automático. El cable salía de una especie de pistola, que se disparaba a un par de metros de distancia. La diminuta bola que llevaba en el otro extremo era un poderoso imán eléctrico, que sujetaba el cable férreamente, apenas alcanzado el objetivo. La víctima moría en pocos segundos, sin poder quitarse del cuello el arma homicida.

Ball sintió en el acto la falta de aire. El cable empezó a hundirse en su cuello. El dolor puso una nube roja en sus pupilas.

Detrás de él, adivinó, estaba el asesino, sosteniendo la pistola lanzacables. Cuando le viese caer, cortaría la corriente. Ya no habría salvación para él.

De pronto, oyó un ruido terrorífico a sus espaldas. Era como si alguien golpease un coco con un pesado martillo.

Un cuerpo humano rodó por tierra. Ball sintió en el acto la falta de presión del cable, pero no pudo evitar rodar por tierra, debido a la pérdida de sus fuerzas.

Alguien se inclinó sobre él.

—Compadre…

Ball gorgoteó algo ininteligible. Dawson se arrodilló a su lado y empezó a darle suaves masajes en la garganta.

—Calma, socio, pronto estarás bien. Te vi cuando salías por la puerta posterior… Esa rubia prometía mucho, pero es más sosa que un

plato de patatas cocidas con agua y sin sal… Me extrañó ver que te marchases del Cyclone por este sitio… El tipo que quiso liquidarte la ha «diñado», no te preocupes por él.

Ball comprendió que el ruido que había oído no era otra cosa que un cráneo hundido de un fenomenal puñetazo. La descomunal potencia física de su socio había sido un factor decisivo en su salvación.

Al cabo de unos momentos, pudo sentarse. El asesino yacía en el suelo, completamente inmóvil.

—Socio, te debo la vida —dijo con dificultad.

—Ese tipo quería vaciarte los bolsillos, ¿eh?

—No precisamente, Jake. Te marchaste demasiado pronto; por eso no pude decirte que me aconsejaron no aceptar el contrato.

Dawson lanzó un juramento.

—No hablarás en serio, Jess.

—Dame la mano, Jake. —Ball pudo ponerse en pie—. Lo que me ha pasado no es precisamente una broma, me parece.

—Pero ¿cómo diablos…?

—He caído en la trampa como un chiquillo. Una joven me dijo que Marina quería hablarme y me señaló este camino, es todo lo que puedo decirte.

CAPÍTULO III

Ball se frotó la garganta, todavía dolorida.

—Vamos a buscarla, Jake —propuso.

—De acuerdo. —Dawson se sentía hondamente preocupado—. ¿Por qué diablos no quieren que aceptemos el contrato?

—En este asunto hay algo muy raro y me gustaría averiguarlo, aunque no fuese más que por curiosidad —respondió Ball—. ¿Para qué diablos quieren que les llevemos a Jhittasur, si podrían hacerlo en una astronave de pasajeros?

—Quizá es que a ella le gusta más su propia nave. Debe de ser una mujer muy rica; una nave «Albatros-70» no está al alcance de todas las fortunas.

Entraron en el local. Ball buscó con la vista a la chica que le había dado el mensaje. De pronto, la vio junto a la barra, charlando con un tipo de piel verdosa y cráneo mondo, rematado en una fina cresta dentada.

—Un arturiano —murmuró.

—¿Es aquélla? —preguntó Dawson.

—Sí.

—Yo me encargaré del crestudo, si es necesario.

—De acuerdo.

Ball y Dawson se acercaron a la barra.

—¡Hola, guapa! —sonrió el primero.

—¡Hola! —dijo ella—. Estoy con un amigo. Lárguense.

—Zina es mía —cloqueó el arturiano.

—¡Ah!, se llama Zina -exclamó Ball—, Jake …

—Sí. —Dawson empujó al hombre verde con el pecho—. Sólo un minuto, muchacho.

Los redondos ojos del arturiano se inflamaron de furia. De pronto, levantó la mano derecha.

Cinco afiladísimas uñas brotaron de los repliegues de la piel de los dedos, buscando malignamente la cara de Dawson. El pelirrojo se limitó a disparar el puño derecho. Una mandíbula crujió sonoramente.

Dawson alargó la mano y sujetó al arturiano, dejándolo de modo que pareciese estaba inclinado sobre el mostrador. Zina observó la escena y sintió pánico.

—Oigan, yo no he hecho nada... Un tipo me pagó veinticinco solares por darle el mensaje; es todo lo que sé... —dijo precipitadamente.

Ball frunció el ceño.

—Me gustaría creerte —murmuró.

—Soy sincera, lo juro.

—Apostaría algo a que es así —intervino Dawson—. El tipo que intentó liquidarte no iba a declarar sus intenciones. Tampoco podía llamarte por sí mismo; hubieras recelado en el acto.

Ball asintió.

—Sí, puede que tengas razón. Zina, descríbeme al sujeto —pidió calmosamente.

—Bueno, tenía unos cuarenta años… Muy rubio, ojos amarillos, bastante fuerte…

—No sigas, era el mismo —cortó Dawson—. Será mejor que nos larguemos, socio.

Soltó al arturiano y lo dejó caer al suelo. Un camarero acudió presuroso.

—Está borracho perdido —dijo Dawson amablemente—, Tenga cuidado cuando despierte; los arturianos siempre se ponen furiosos después de una borrachera y sacan sus uñas a relucir.

—No sé por qué permiten que esta clase de reptiles venga a la Tierra —farfulló el camarero coléricamente

Zina también estaba muy enojada.

—Me habéis estropeado las ganancias de la noche —rezongó.

Ball le tiró un billete de cincuenta solares.

—Es el doble de lo que te hubiera pagado el crestudo —dijo—. Anda, vámonos ya, Jake. Cuando salieron a la calle, exclamó:

—Este asunto huele cada vez más apestosamente.

—Sí, pero los cien mil para cada uno tienen un aroma delicioso —exclamó Dawson, riendo alegremente.

* * *

Estaba terminando de preparar el equipaje, cuando, de pronto, entró Dawson en la habitación.

El pelirrojo traía una revista en la mano. Ball observó que parecía muy excitado.

—Jess, traigo una noticia sensacional —exclamó Dawson—. ¿A que no te imaginas siquiera quién es Marina Kessyn?

—Pues… Marina Kessyn, quién podría ser —rió Ball—. ¿Por qué lo dices?

Con gesto melodramático, Dawson desplegó la revista que había traído consigo.

—¡Mira!

Ball se quedó con la boca abierta. La fotografía, en colores absolutamente naturales, reproducía con sorprendente exactitud el rostro de Marina.

—Demonios —respingó.

Agarró la revista y leyó el pie de la fotografía en voz alta:

—«Su Gracia, la princesa Shelitta, hija de Ugod VI, quien, en

fecha próxima, será proclamada protectora de Jhittasur. A la ceremonia asistirán delegaciones de los más importantes gobiernos del Sexto Sector Galáctico...»

Miró a su amigo, estupefacto.

—¿Qué diablos hace Shelitta en la Tierra? —exclamó—. Puede movilizar una flota de cincuenta astronaves de guerra, para escoltarla...

—Tal vez está aquí de incógnito, Jess —sugirió Dawson—. Como futura protectora, puede concertar y firmar tratados. Tal vez haya venido a firmar uno con el Gobierno terrestre.

—Eso no encaja con nuestro contrato. Shelitta no vendría en persona a buscar a dos pilotos completamente desprestigiados.

Dawson se encogió de hombros.

—La política tiene cosas muy raras —manifestó—. Además, ¿quién se gastaría doscientos mil solares, si no fuese una mujer de su categoría, con todo el presupuesto a su disposición? Fíjate en que ningún periódico, ni siquiera la televisión o la radio han dado la menor noticia de su estancia en el planeta. Esta fotografía procede de una agencia de Jhittasur..., de modo que muy bien puede Shelitta encontrarse aquí de incógnito.

—No es una mujer que pueda pasar desapercibida con facilidad —objetó Ball.

—Tú la viste, como yo, pero no supiste siquiera que era la protectora de Jhittasur. ¿A cuántas personas les importa quién manda en aquel planetoide? Porque Jhittasur no es ni siquiera un planeta, sino un planetoide de un tamaño mucho menor que nuestra Luna. Incluso aunque alguien la reconociese, ella podía alegar, ya que no quiere que se conozca su presencia en la Tierra, que se trata de una asombrosa coincidencia. ¿Podrías tú demostrar lo contrario?

—Evidentemente, no.

Dawson palmeó los hombros de su amigo.

—En tal caso, y puesto que ella no ha dicho nada, nosotros callaremos también y seguiremos tratándola como si realmente fuese Marina Kessyn. ¿Entendido?

—De acuerdo, socio.

* * *

La astronave relucia al sol.

—Mírala, es una belleza —dijo Dawson, arrobado. Ball tuvo que dar la razón a su amigo. La *Flying Blonde* tenía la pureza de líneas clásica en las naves de su tipo. Aunque parecía más pequeña que otras astronaves, el hecho de que fuese de construcción recientísima, permitía unas dimensiones menores, debido al pequeño tamaño de sus motores, lo que no le restaba en absoluto potencia en todos los

sentidos. A juzgar por la vista exterior, el interior debía de estar decorado con lujo inusitado.

Ball y Dawson se acercaron a la escalerilla que permitía el acceso a la nave, a través de una escotilla lateral, en cuyo umbral había un individuo alto y delgado, vestido con un detonante traje rojo de una sola pieza.

El hombre tenía las cejas picudas y el cráneo completamente mondo. La nariz, ganchuda, estaba sobre un bigote de guías puntiagudas, aunque no exageradas.

—Si le pones dos cuernitos, cola y un tridente, parecería el diablo —murmuró Dawson.

Ball llegó al pie de la escala.

—Soy el mayordomo de la señorita Kessyn —dijo.

—Y yo el camarero —añadió Dawson.

El hombre del traje rojo sonrió.

—Bien venidos a bordo, caballeros —saludó, cortés—. Yo soy Shinod, piloto de la señorita, pero, por supuesto, con una enorme inexperiencia. Confío en que el viaje a Jhittasur me enseñe muchas cosas, que aprenderé de ustedes.

—Señor. Shinod, a esta nave basta con decirle: «¡A Jhittasur!», y ella sola haría el viaje, sin intervención de la mano del hombre —exclamó Dawson jovialmente.

—Sí, pero no grite demasiado, no sea que la nave tenga el oído muy fino y se marche antes de tiempo. —Shinod dio un par de palmadas—... Ahora les acompañarán a sus camarotes, caballeros.

Dos hombres se hicieron visibles casi en el acto. Ambos eran muy parecidos en su corpulencia, altos, tremendamente fornidos, pero con las suficientes diferencias fisonómicas para evitar posibles confusiones.

—Thu-Hoo y Wanabi, nuestros ayudantes —presentó Shinod.

—¡Hola, chicos! —saludó Dawson.

Los recién llegados se ocuparon del equipaje de los pilotos.

—Ellos les enseñarán sus camarotes —añadió Shinod—. La señora Kessyn está en el suyo y les ruega disculpen su ausencia.

—No se preocupe, hermano —dijo Dawson desenvueltamente.

Ball guardaba silencio. Aunque ya se había imaginado algo, el lujo que se advertía en la astronave superaba a cuanto había visto hasta aquel momento. No cabía la menor duda: era un aparato encargado especialmente por un jefe de Estado planetario.

La cámara era amplia, agradablemente decorada, y disponía de baño propio. Los generadores suministrarían una gravedad tipo Tierra, de modo que podrían moverse por el interior de la nave con toda facilidad.

Wanabi y Thu-Hoo, pensó Ball, debían de ser dos

guardaespaldas de la protectora. Se preguntó qué misión había llevado a Shelitta, bajo el nombre de Marina Kessyn, hasta el planeta Tierra. «Algún tratado secreto, no cabe la menor duda», resumió así sus reflexiones.

Una hora más tarde, la astronave, pilotada por Ball y Dawson, despegó rumbo a Jhittasur.

* * *

Hacía ya veinticuatro horas que habían zarpado. Ball conectó el piloto automático.

—Seguiremos así hasta haber traspasado los límites del Sistema Solar —dijo—. Entonces, nos prepararemos para el salto-transición subespacial.

Aquellas palabras estaban dirigidas a Shinod, el cual hizo un gesto de asentimiento.

—Respecto a la forma de navegar por el espacio, ustedes tienen entera libertad de movimientos —contestó—. Y ahora, si no les importa, iremos al salón. La señorita Kessyn quiere informarles de algo que, sin duda, les interesará considerablemente.

—Muy bien, vamos allá.

Ball y Dawson siguieron al hombre. El salón era amplio, con un gran diván que corría a lo largo de tres paredes. En uno de los rincones libres, había un bar agradablemente provisto. Wanabi estaba tras la barra.

—Sírveles a su gusto, Wanabi —dijo Shinod.

—Whisky con hielo —pidió Dawson.

—Jerez —solicitó Ball.

Wanabi preparó las bebidas. Ball y su socio se sentaron en el diván, junto a un amplio ventanal, que permitía ver un espléndido panorama del espacio. Durante unos momentos, charlaron apaciblemente con Shinod de temas generales.

La puerta se abrió de pronto. Marina se hizo visible.

—Caballeros, celebro infinito tenerles a bordo —sonrió—. Gracias por su cooperación.

—¿Desea beber algo, señorita?—consultó Shinod.

Marina hizo un gesto afirmativo.

—Té, por favor. —Sus ojos estaban fijos en Ball, quien, a su vez, se recreaba la vista con el magnífico espectáculo que era la joven. Marina, vestida con un traje análogo al de Shinod, aunque de color amarillo vivo y escote en V, hasta, la cintura, ofrecía un aspecto realmente encantador.

«No cabe duda, tiene clase», pensó Ball.

CAPÍTULO IV

—Caballeros —dijo Marina poco después—, creo que es hora ya de que conozcan los motivos por los cuales fueron contratados. Me pareció más discreto no decir nada durante mi estancia en la Tierra; aquí, a bordo de la astronave, estamos completamente seguros. Tanto Shinod, como Thu-Hoo y Wanabi son personas de mi absoluta confianza. Me gustaría decir lo mismo de ustedes dos.

—Cuando es preciso, somos tan charlatanes como dos tumbas —rió Dawson.

—Hable con entera confianza —invitó Ball.

—Es probable que lo sepan ya. De todos modos, tenían que enterarse tarde o temprano. Pero antes de seguir adelante, quiero decirles que necesito de ustedes algo más que pilotar la nave hasta Jhittasur. ¿Han oído hablar de la Fortaleza de Bur-Ur-Ksani?

Ball y Dawson movieron la cabeza simultáneamente.

—Nuestros conocimientos acerca de Jhittasur son muy limitados —dijo el primero.

—Sí, es lógico —convino la joven—. Bien, por el viaje hasta el planetoide, cobrarán cien mil solares. Si aceptan el trato que les propongo, cada uno de los dos recibirá el resto hasta un millón. ¿Les parece una recompensa aceptable, caballeros?

—Aceptabilísima —exclamó Dawson, encandilado por !a cifra que acababa de oír.

—Supongo que no tendremos que matar a alguien —dijo Ball, con el ceño fruncido.

—Nunca se me ocurriría contratar a unos asesinos —replicó Marina vivamente.

—Alguien lo ha pensado ya, señorita. Pero siga, por favor.

—Sí, desde luego, no me extraña que haya alguien que quiera impedir este viaje. Sin duda, ustedes habrán oído hablar de Shelitta, la protectora de Jhittasur.

—En efecto.

—Bien, Shelitta soy yo. La que ocupa actualmente el puesto es una impostora.

Ball se quedó con la boca abierta.

—Ha dicho una impostora...

—Sí, justamente. La falsa protectora y yo, nos parecemos como dos gotas de agua. Pero no puedo demostrar su impostura, a menos que lleguemos a la caja fuerte que hay en los sótanos más profundos de la fortaleza de Bur-Ur-Ksani. Allí están los documentos que prueban mi auténtica personalidad. Si consigo recuperarlos, con la ayuda de ustedes dos, la impostora será desenmascarada y sus cómplices

entregados a la justicia. Como recompensa, ya lo he dicho, recibirán cada uno un millón de solares..., y, además, una vez ocupe el puesto que legalmente me pertenece, influiré para que les devuelvan las licencias que les quitaron. Podrán comprar una nave como ésta y volar nuevamente por el espacio.

—Sería maravilloso —dijo Dawson, como en éxtasis.

—Pero nosotros no tenemos experiencia en robar cajas de caudales —objetó Ball.

Marina sonrió de un modo extraño.

—Señor Ball, ¿qué hacía usted antes de dedicarse a la navegación espacial? ¿Qué era el señor Dawson? ¿No se sienten capaces de abrir una caja fuerte..., con mi ayuda?

—No acabo de entender, señorita —dijo el más joven de los socios.

—Los documentos que prueban mi auténtica personalidad están en una caja fuerte, construida especialmente por mi padre Ugod VI, de tal modo, que sólo una persona, cuya fórmula molecular coincida con la que se grabó en la combinación, podrá abrirla. Pero, a su vez, esa caja fuerte está rodeada por una serie de trampas y alarmas que sólo dos hombres, antiguos soldados de la Patrulla Interestelar, entrenados para ejecutar las más diversas misiones en los ambientes más desfavorables, podrán desmontar y desactivar.

Ball se volvió hacia Dawson.

—Lo sabe todo —comentó.

—Es lógico —dijo Marina—, Antes de buscar a los nombres adecuados para la misión, he estado buscando mucho tiempo.

—Y nos ha encontrado a nosotros.

—Así parece, ¿no?

Ball parecía dudar.

—¿No le convence la recompensa prometida? —inquirió la joven.

—Sí, pero...

—Si tiene dudas, ¿por qué no las expresa claramente?

—Muy bien, señorita Kessyn..., es decir, supongo que hasta que llegue el momento adecuado, debo continuar dándole ese tratamiento...

—Por supuesto —convino Marina.

—Se trata de algo que me intriga notablemente. Usted ha hablado de un parecido fisonómico poco menos que absoluto, entre usted y la impostora. Esa semejanza, se debe tal vez a que son hermanas gemelas?

—No. A decir verdad, la impostora era muy parecida a mí, por simple casualidad. Pero el grupo que quería llevarla al poder, disponía de poderosos medios, entre ellos el dinero suficiente para pagar un

buen equipo de cirujanos plásticos, que completaron, quirúrgicamente, la obra que había hecho la naturaleza.

—Sí, es perfectamente lógico. Sin embargo, el grupo de conspiradores debían de ignorar la existencia de los documentos en la caja fuerte.

—No los ignoran, pero no pueden abrirla. Si, serían capaces de anular las alarmas y trampas mortales, pero ello no les serviría de nada. Sólo mi fórmula molecular permitirá hacer funcionar la combinación de apertura.

—Pero, mientras tanto, el pueblo de Jhittasur está convencido de que la legítima Protectora está al frente del Gobierno.

—Eso es algo que no podemos remediar. Sin embargo, una vez consigamos los documentos, demostraremos la impostura y la justicia se encargará de la impostora y de sus cómplices— aseguró Marina.

—Tenemos una colección completa de fotografías y filmes de la fortaleza y de sus sótanos —intervino Shinod—. Les serán muy útiles para que puedan llevar a cabo el plan de asalto, sin complicaciones. Luego podrán examinarlas a su sabor, caballeros.

—Eso está muy interesante —dijo Ball.

—Entonces, ¿aceptan? —preguntó Marina.

Ball se volvió hacia Dawson.

—¿Socio? —consultó.

El pelirrojo hizo un movimiento afirmativo.

—Trato hecho —contestó.

* * *

Después de la proyección de la última diapositiva, Ball encendió la luz de la cámara. Dawson llenaba dos copas.

—¿Qué te parece, Jake? —preguntó el primero.

—Un asunto interesante. —Dawson entregó una copa a su socio y contempló la suya al trasluz—. No todos los días surge un contrato de un millón —agregó, complacido.

—De todos modos, hay algo que no me gusta.

—¿Sí? ¿Qué es, Jess?

Ball meneó la cabeza.

—No lo sé —contestó pensativamente—. Es un asunto un tanto extraño... Diciéndolo con una frase vulgar, aquí hay gato encerrado.

—Bueno, si libramos al gato de su encierro y nos pagan un millón, qué puede importarnos a nosotros lo que suceda después? Si, de sobras me imagino que se trata de un asunto de Estado, conspiradores contra conspiradores..., pero nosotros, ahora, somos dos mercenarios y debemos ganarnos la vida. Esto es lo que realmente importa, Jess, no le des más vueltas.

—Yo me pregunto, ¿si es cierto lo que Marina dice, por qué no

la obligaron a abrir la caja fuerte, a fin de destruir los documentos que pueden probar sus derechos? De esta forma, la impostora y su grupo ya no temerían nada de la auténtica Shelitta, ¿no te parece?

—Cuando puedas, habla con ella. Seguramente te dirá que escapó cuando vio que las cosas se ponían feas. Hay un dato seguro, y es que los cheques que nos dio, fueron abonados por el Banco sin rechistar.

—Es cierto —asintió Ball—, pero sólo se trata de veinte mil dólares. Aún tienen que entregarnos un millón novecientos ochenta mil más.

Dawson movió la mano en semicírculo.

—Socio, ¿qué vale este cacharro? —preguntó—. No pienses ya en la nave o en sus generadores, sino en la decoración, digna de un príncipe oriental. Se han gastado el dinero sin mirar, derrochándolo literalmente. Eso, para mí, es más convincente que cualquier otra cosa.

—Puede que tengas razón —suspiró Ball. Levantó su copa y sonrió—. Por Shelitta.

*—Por nuestros dos millones —brindó Dawson.

* * *

Shinod llenó una copa y se la ofreció a la joven.

—Te has portado muy bien —dijo. Marina sonreía.

—No soy mala actriz —contestó. —Han picado como tontos..., pero lo mejor de todo es que nos llevarán a la caja fuerte.

—Creo que eso es lo importante, ¿no? —En efecto, así es.

Marina tomó un par de sorbos.

—Son dos tipos resueltos —dijo—. Oiga, este vino parece un poco picado...

—Si —dijo Shinod, sin pestañear.

Ella le miró fijamente. De pronto, sintió que todo daba vueltas a su alrededor. Quiso gritar, pero su lengua se había pegado al paladar. Creyó que ya no tenía piernas y empezó a caer al suelo…

Segundos después, Shinod apretaba un timbre. La puerta se abrió instantes más tarde. Thu-Hoo apareció en el umbral.

—¿Señor?

Shinod señaló a la joven caída en el suelo.

—Llévala a su cámara —dijo.

—Sí, señor —contestó Thu-Hoo, sin perder su impasibilidad.

* * *

Sumergida en el subespacio, la *Flying Blonde* volaba a velocidades aterradoras, cientos de veces superiores a la de la luz. A

bordo, sin embargo, y merced a los generadores de aislamiento, la vida se desarrollaba con toda normalidad.

A pesar de los perfectísimos mecanismos de la nave, Ball, como buen piloto, no confiaba por completo, y menos en aquellas circunstancias. De común acuerdo con su socio, habían decidido establecer guardias alternas de seis horas, a fin de tener en observación constante los instrumentos de control y corregir cualquier anomalía que pudiera surgir inesperadamente.

Dawson llegó a la cabina de mando, y Ball se levantó de su asiento.

—Todo bien —dijo.

Dawson bostezó aparatosamente.

—Cuando salgamos al espacio normal, dormiré veinticuatro horas seguidas —afirmó.

—Aún queda algo de tiempo —sonrió Ball—. Voy a ver si descanso un rato.

Abandonó la cabina, cruzó el salón y entró en el corredor de camarotes. Dada la hora, todos los pasajeros dormían ya.

Ball estaba equivocado. De repente, oyó una voz melodiosa, que entonaba una antigua balada.

El joven, intrigado, se paró. Había una puerta entreabierta. Correspondía a la cámara de Marina. La voz de la joven salía a través del hueco.

Ball empujó un poco. La cámara era mayor y más lujosa que las restantes. Marina, vuelta de espaldas a la puerta, se cepillaba su frondosa cabellera negra, sentada ante un espejo.

La mandíbula de Ball se aflojó de repente. Marina aparecía sin una sola prenda de ropa, singularmente atractiva en la espléndida desnudez de un cuerpo de diosa. Ball se preguntó cómo podía ser tan descuidada. Pero, de repente, le disgustó que ella pudiera pensar que le agradaba contemplar furtivamente ciertos espectáculos...

Inesperadamente, Marina suspendió su canción.

—No te quedes ahí, como un poste. Entra, hombre.

Ball tragó saliva.

—Dispense, la puerta estaba abierta...

—Claro, la dejé yo así. Sabía que era la hora del relevo. Entra, no temas. Los demás duermen.

—Marina lanzó una risa irónica—, ¿O te dan miedo las mujeres?

Ball cruzó el umbral y cerró a sus espaldas. Ella le miraba incitantemente a través del espejo, que reflejaba con absoluta fidelidad los atractivos de la parte superior del cuerpo.

—A veces, sí; a veces me dan mucho miedo las mujeres —dijo él, desde la puerta.

—Tal vez a causa de un trauma padecido en la adolescencia.

—Nunca he tenido traumas de ninguna clase. El miedo que me dan algunas mujeres... es semejante al que me produciría una pantera que se dispusiera a devorarme.

Marina rió, evidentemente complacida.

—Si te acercas un poco más, podrás comprobar que no tengo nada de pantera —dijo.

Ball volvió a mirarla. A través del espejo, los ojos de Marina parecían arder. Avanzó un paso, otro, otro...

Ella tocó un interruptor y la luz se extinguió casi por completo.

CAPÍTULO V

—Diríase que la tienes chiflada —comentó Dawson, cuatro días más tarde, cuando ya la astronave había surgido de nuevo al espacio normal.

—Psé... —dijo Ball, con estudiado aire de indiferencia—. Le he caído bien, eso es todo.

—¿Caer bien? Está que se muere por tus huesos, nombre. No hay más que mirarla en determinados momentos. ¡Se te come con los ojos!

Ball sonrió, halagado. A fin de cuentas, nunca había retrocedido ante una aventura amorosa. Y no se podía negar que Marina era una mujer de singular belleza. Joven, esbelta, ardiente... La frialdad y hasta despego de los primeros días, había sido sustituida por una pasión volcánica.

¿A qué se debía aquel cambio? Tal vez, pensó Marina recobraría pronto un puesto muy elevado, en el que en determinadas situaciones le estarían prohibidas. Incluso era posible que se viera obligada a un matrimonio de conveniencia.

Bueno, se separarían y tardarían mucho en verse de nuevo. Si volvían a verse, pensó con cierta melancolía.

De repente, una lámpara titiló en el cuarto de mandos.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamó.

Dawson soltó una maldición.

—Alguien ha abierto la compuerta que conduce al bote de salvamento del costado de estribor —dijo.

Ball se lanzó hacia la puerta.

—¡Quédate aquí! —ordenó—. El que ha abierto la compuerta es un imprudente. Podría dejar la nave sin aire...

El joven corrió a lo largo del pasillo. Al final había una puerta que abrió de golpe.

Abajo, en una especie de bodega, donde se almacenaban víveres y pertrechos, había un hombre, que arrastraba a una mujer inconsciente hacia la compuerta que conducía al bote salvavidas. Ball se dio cuenta inmediatamente de las intenciones de Thu-Hoo.

Saltó con poderoso impulso. Thu-Hoo se volvió al oír el ruido de sus pies y se aprestó a la defensa. Ball cargó contra el ayudante, pero calculó mal sus fuerzas.

Un puño llegó a su mandíbula con tremenda potencia. Aunque no perdió el sentido, se encontró repentinamente sin fuerzas.

Podía ver y oír, pero no hacer el menor movimiento Completamente desfallecido, se sintió arrastrado hasta el interior de la cabina del bote salvavidas.

Dos poderosos brazos lanzaron a la joven como un pelele. Marina cayó junto a él. En el último instante, Ball hizo un desesperado esfuerzo y consiguió ponerse en pie.

Era ya tarde. Dos compuertas, la del bote y la de la nave, se cerraron en rápida sucesión, con sendos chasquidos, Un segundo más tarde, actuaron los mecanismos eyectores y la navecilla salió disparada al espacio.

* * *

Ball no se entretuvo en disquisiciones acerca de los motivos por los cuales Thu-Hoo trataba de deshacerse de Marina. Entrar en razonamientos consigo mismo en aquellos momentos tan críticos, no era sino una absurda pérdida de tiempo.

Aún se sentía aturdido, pero notaba que las fuerzas le volvían con rapidez. La cámara del bote era relativamente amplia, lo suficiente para poder moverse en su interior sin tropezar con otras personas. En realidad, era una pequeña astronave, con todos los elementos de supervivencia para una docena de pasajeros. Había, por supuesto, botes de mayor capacidad, pero no solían utilizarse en astronaves del tipo de la *Flying Blonde.*

Lo primero que hizo fue levantar a la joven y sentarla en una butaca anatómica. La navecilla se movía con tremenda rapidez y la gravedad interior era apenas un quinto de la normal, por lo que sus movimientos no resultaron fáciles.

Marina quedó sujeta al asiento por los atalajes. A continuación, Ball se sentó en el puesto del piloto y pulsó el interruptor que permitía apreciar los instrumentos de control.

Un rápido vistazo le hizo saber que su situación no tenía nada de agradable. El combustible, de tipo convencional, era muy escaso, por lo que, de inmediato y a fin de conservarlo para mejores situaciones, paró los motores. La nave volaba ahora por pura inercia, debido a la acción de los cartuchos de disparo que provocaban su separación del casco de la nave principal. Entonces, los motores de propulsión se ponían en marcha automáticamente, pero, si se deseaba, podían desconectarse, que era lo que acababa de hacer.

Una vez, Ball, volvió la cabeza hacia arriba, pero fue un gesto puramente maquinal. La *Flying Blonde* volaba a decenas de kilómetros por segundo. Intentar localizarla con la vista era una tontería.

Había un pequeño radar y lo puso en funcionamiento. En la pantalla apareció un punto luminoso. Ball estudio las coordenadas del cuerpo celeste y luego buscó la carta de navegación, de que todo bote salvavidas debía estar provisto.

Al cabo de unos segundos, halló la solución. Después de conocer el nombre del astro, buscó en la «Guía de Sistemas Solares del VI

Sector Galáctico».

El nombre del astro era Warrox y resultó ser un planeta habitable.

La distancia era de unos veinte millones de kilómetros. Ball frunció el ceño.

Jhittasur estaba a doscientos ochenta millones de kilómetros. No había elección posible, decidió, tras intensas reflexiones.

De repente, Marina exhaló un profundo suspiro. Luego, torpemente, abrió los ojos y formuló una pregunta clásica:

—¿Dónde estoy?

* * *

Ball se situó junto a la joven y le ofreció una botella con una paja.

—Succiona —indicó.

En la botella había café, con unas gotas de brandy. Al cabo de unos momentos, ella dijo que se sentía mejor.

—Me alegro, pero no te muevas todavía del sillón. Te veo muy pálida, lo que me indica que has estado muchas horas bajo la acción de un narcótico.

—Sí, fue ayer... Shinod me dio una copa de vino, para celebrarlo... A los pocos momentos, sentí un gran vértigo...

Ball sonrió comprensivamente.

—Ese tipo es un granuja. Después de todo lo que dijo, ¿por qué había de lanzarte al espacio en un bote- salvavidas? Por fortuna, yo estaba en la cabina de mando con mi socio y vimos la luz de la apertura de la compuerta. Corrí a la bodega y te vi desmayada. Thu-Hoo quería colocarte en el bote; yo luché con él, pero es más fuerte de lo que había calculado y me puso fuera de combate. Entonces, nos lanzó a los dos al bote y pulsó el botón de disparo.

—De modo que también han querido deshacerse de ti.

—Así parece —sonrió él—. Pero no te preocupes; hay un planeta habitable a menos de veinte millones de kilómetros.

—¡Nosotros íbamos a Jhittasur! —exclamó la joven.

—Está a doscientos ochenta millones de kilómetros.

Han hecho las cosas bien; el combustible que nos queda es mínimo. Ojalá sea el suficiente para un buen aterrizaje; pero de lo que no cabe la menor duda es que no podríamos llegar jamás a Jhittasur. Ahora estamos volando por simple inercia de disparo, aprovechando, además, la atracción de Warrox. Un simple cambio de rumbo, factible por otra parte, nos dejaría sin combustible para el aterrizaje en Jhittasur. Aparte de que hay otros planetas en el camino y su gravedad podría dejarse notar en esta mota que es el bote salvavidas. No, nos guste o no, tenemos que ir forzosamente a Warrox.

—Tú eres entendido —dijo Marina—, Pero sigo sin comprender por qué han intentado deshacerse de mí.

Ball lanzó una amarga carcajada.

—Apostaría algo a que los conspiradores de Jhittasur son más listos de lo que cree Shinod —contestó—. Después de tu primera visita, alguien me llamó para amenazarme y dijo que no aceptase el contrato. Luego, aquella misma noche, un tipo quiso asesinarme. No estaría ahora aquí, de no haber sido por la oportuna intervención de mi socio.

—¿Es cierto lo que dices? —exclamó, Marina, atónita.

—Rigurosamente verídico —confirmó él—. Yo me pregunto ahora si Thu-Hoo no será un agente del grupo de conspiradores, infiltrado hábilmente entre vosotros. Si es así, simplemente, ha esperado su ocasión.

—Creo que tienes razón —musitó la joven pensativamente—. Pero lo que no acabo de comprender es que fuese el propio Shinod el que me narcotizase.

—Tal vez él mismo está igualmente narcotizado. En ese caso, Thu-Hoo es ahora el dueño de la nave—. Los ojos de Ball despidieron chispas de cólera—. Pero le compadezco si no ha conseguido eliminar a mi socio —añadió.

—Quizá Jake haga algo por ayudarnos —supuso la joven.

—En él confío. Pero si ha muerto...

—¿Tendremos que quedarnos para siempre en Warrox?

—Aguarda un momento.

Ball se levantó y regresó un minuto más tarde. Marina vio que tema él rostro cubierto de sombras.

—Los transmisores de radio están destruidos irremisiblemente; incluso el automático, que hubiera señalado nuestra posición a cualquier nave que pase a menos de quinientos millones de kilómetros —informó—. Thu-Hoo sabía lo que se hacía cuando nos metió en este maldito bote.

Marina se sintió aterrada.

—¡Eso significa que hemos de quedarnos en Warrox para siempre —exclamó.

—Todo depende de lo que le haya pasado a Jake. Pero es muy posible que tanto él como Shinod estén muertos a estas horas. El resto puedes imaginártelo fácilmente.

* * *

De pronto, se oyó en el interior de la nave un leve silbido.

—Ya entramos en la atmósfera de Warrox —dijo Ball—, Sujétate bien, Marina.

El contacto con la atmósfera del planeta resultó claramente

perceptible. Ball consultó los instrumentos; todavía no era el momento de poner en marcha los motores.

Debido a la velocidad, dieron varias vueltas sobre el planeta. Los sucesivos contactos con la atmósfera, en cuyas capas superiores rebotaba el bote como una piedra plana lanzada hacia la superficie de un tranquilo lago, aminoraron considerablemente su marcha. Después de la sexta órbita, Ball desplegó las alas de sustentación.

La velocidad de la nave, sin embargo, era todavía supersónica. Ball procuró descender en planeo. Por fortuna, los instrumentos funcionaban sin el menor defecto.

Al cabo de varias horas de tensión, Ball apreció que la velocidad de la nave era ligeramente inferior a los mil kilómetros por hora. La distancia al suelo era de unos quince mil metros.

—Prepárate, pronto tomaremos tierra —dijo.

El bote se gobernaba ahora como un avión corriente. No obstante, la superficie de las alas era muy pequeña. Debido a la disminución de la velocidad, el descenso se hacía con mayor rapidez de lo conveniente.

—Aguantaré hasta el último momento —declaró él, concentrado en el manejo del aparato.

A mil metros de altura, la velocidad era todavía de setecientos kilómetros por hora, Ball decidió jugárselo todo a una carta y encendió los motores.

Un profundo rugido llegó hasta la cabina. Ahora, con los motores en marcha, podía gobernar mejor la nave. Ladeando un poco el cuerpo, estudió el lugar donde había decidido aterrizar. Era una extensa llanura, con hierba abundante. Había también un río y unos amontonamientos de rocas en los cuales, pensó, podrían encontrar una cueva que les sirviese de refugio.

Ball tenía los nervios en tensión, pero sabía que era preciso conservar la sangre fría o se produciría una catástrofe. En el último instante, pulsó el botón que accionaba los chorros de freno.

Marina se sintió lanzada hacia adelante, a causa del terrible frenazo. Los atalajes de seguridad, sin embargo, actuaron satisfactoriamente. Le pareció que la nave iba a caer a plomo, desde cien metros de altura, pero, en el mismo instante, se desplegaron dos grandes cúpulas de tela blanca sobre sus cabezas.

Treinta segundos después se notó un ligero estremecimiento en el interior de la cabina. Ball lanzó una exclamación de júbilo:

—¡Hemos tomado tierra en el momento justo! Marina, si te digo que en los tanques no quedan ni diez kilos de combustible, no me creerás, pero es la pura realidad.

CAPÍTULO VI

Inmediatamente, saltaron al suelo. Ball y la joven contemplaron durante unos minutos el panorama que les rodeaba.

—En apariencia, está bien —dijo ella—. Parece un pequeño paraíso.

—Puede serlo —contestó Ball maliciosamente—. Pero también puede haber serpientes… en forma de animales feroces.

—¿Fieras?

—No lo sé. Es una posibilidad. Voy a buscar las armas de los depósitos de emergencia.

Ball entró en el bote. Un minuto después, se asomó a la escotilla:

—¡Marina, no hay armas! —exclamó.

Ella le miró, muy pálida.

—Entonces, han querido asesinarnos —dijo.

—Ya no cabe la menor duda. No sólo no tenemos armas, sino que tampoco hay provisiones. Indudablemente, Thu-Hoo preparó su golpe a conciencia. No consigo explicarme cómo dejó ese poco de café y la botella de brandy.

—Se le pasaría por alto…

—Y no tendría tiempo de concluir su tarea. —Ball saltó nuevamente al suelo—. Bien, de todos modos, lo importante es que nos fabriquemos nosotros nuestras propias armas.

—¿Qué clase de armas, Jess?

—De momento, un venablo. —Ball metió la mano en el bolsillo y sacó algo, que enseñó, muy ufano—. Raras veces me deshago de este precioso objeto, llamado navaja. Ven conmigo, por favor.

Marina siguió al joven, hasta un grupo de árboles jóvenes, que les proporcionaron, con no poco trabajo, dos ramas largas y rectas, con las puntas debidamente afiladas. Antes de que se hiciera de noche, Ball había cazado ya dos animales semejantes a conejos terrestres.

—Eres hombre de muchos recursos —dijo ella, admirada.

—¿Es que ya no recuerdas dónde estaba antes de convertirme en astronauta? Allí se aprenden muchas cosas. La etapa del curso de supervivencia, créeme, es muy dura. El que sale adelante, sobrevivirá en cualquier ambiente.

—En tal caso, he de felicitarme por tenerte a mi lado.

—No te quepa la menor duda, Marina, no sé cuánto tiempo estaremos aquí —añadió Ball—, pero debes empezar a hacerte a la idea de que puede tratarse de una estancia muy larga.

—Sí, eso creo yo.

—Lo siento por ti y tus problemas, pero temo que vas a despedirte del puesto de protectora. —Ball lanzó una alegre carcajada —. Yo ya me he despedido del millón de recompensa.

Marina abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo mejor y guardó silencio. Ball no dejó de captar el detalle. La joven

parecía preocupada por algo más que por la situación en que se hallaba.

Con un poco de paciencia, acabaría por conocer qué dudas atormentaban la mente de Marina.

* * *

La comida era abundante y no faltaba la fruta. Dado que el bote había quedado en una llanura expuesta al sol, la estancia en su interior se hacía incómoda. Ball construyó una especie de cobertizo, sostenido con unos palos verticales, con el techo de ramajes. Había decidido que el exceso de ropa era molesto y permanecía ordinariamente con unos pantalones cortos por toda vestimenta.

Marina había aligerado asimismo su vestuario, recortando el traje de una sola pieza que llevaba puesto en el momento de ser arrojada al bote. Después de la instalación en el lugar, Ball inició la construcción de un arco y flechas.

Cierto día, vieron pasar a lo lejos unos enormes animales, que trompeteaban ruidosamente. Tenían aspecto de elefantes terrestres, pero eran de un tamaño muy superior. Ball y la joven los contemplaron aprensivamente, hasta que los hubieron visto desaparecer en la lejanía.

Al poco rato, cuando ya la estrella que era el sol de Warrox se acercaba al horizonte, oyeron un atroz rugido. Ball sintió que se le ponían los pelos de punta.

Marina lanzó un agudo chillido.

—¡Ahí, Jess!

Ball se volvió. Parado sobre una roca, a tres o cuatro metros del suelo, había un felino de colosales dimensiones. Los colmillos inferiores sobresalían quince centímetros por fuera del morro y tenían la punta tan aguda como la de un alfiler. La cola de la bestia se movía lentamente, mientras que de su garganta brotaban sordos gruñidos.

—Marina, ponte detrás de mí. Esa fiera está a punto de atacar.

Ella obedeció en el acto. Ball empuñó firmemente la lanza que se había fabricado el primer día.

De súbito, el tigre saltó hacia adelante. Ball avanzó un par de pasos. En el aire, el felino ya no podía variar la maniobra. Ball, situado directamente bajo el animal, alzó la lanza con ambas manos. Luego, agilísimamente, saltó a un lado.

Al caer, el tigre se atravesó a sí mismo. La lanza asomó medio metro por el costado izquierdo de su lomo. Rodó, rugiendo atronadoramente, pero, al cabo de unos segundos, dejó de moverse.

—Lo despellejaré y tendrás una bonita piel para presumir —sonrió.

Marina parecía como alelada, petrificada por el miedo. Ball

avanzó hacia ella. La lanza cayó al suelo.

Los brazos del joven se cerraron en torno a la esbelta cintura de Marina. Ball buscó sus labios con avidez. Ella pareció reaccionar.

Durante unos segundos, permitió las caricias del joven. Un gemido escapó de sus labios. Sin darse cuenta de lo que hacía, cayó sobre la hierba. Ball se tendió a su lado y la abrazó de nuevo.

Súbitamente, ella le rechazó de forma violenta, empleando ambas manos.

—¡No! —gritó.

Ball quedó apoyado en un codo, mirándola con cara de sorpresa.

—Pero, Marina…

—Por favor, déjame.

—Marina, a estas alturas, no comprendo tus remilgos.

Ella se sentó en el suelo.

—¿Por quién me has tomado? —exclamó—. ¿Crees que soy una cualquiera, capaz de entregarme a ti sólo porque estamos solos en un mundo desconocido?

—¡Caramba, Marina; más gente había a bordo de tu nave y pasó lo que pasó! —exclamó él, muy irritado.

—¿Qué es lo que pasó, Jess?

Ball alzó sus brazos al cielo.

—Ahora se hace la inocente —dijo—. Cándida paloma, rebosante de virtud, perla de honestidad sin tacha… Vamos, Marina, a estas alturas, los escrúpulos no son más que hipocresía.

—Jess, te aseguro que no entiendo lo que quieres decirme —manifestó la joven, perpleja e irritada a un mismo tiempo.

—Por favor —rezongó él, de mal talante—. Lo menos que se te puede pedir es un poco de sinceridad. Jamás se me hubiera ocurrido hacerte la menor insinuación, créeme. Pero yo no fui el que se dejó abierta la puerta de la cámara.

—Yo siempre me cerré con llave por dentro, Jess.

—No trates de disimular ahora. Hace escasamente una semana, estabas delante del espejo, cepillándote el pelo… sin una prenda de ropa. La puerta estaba abierta y tú me invitaste a entrar. Lo que sucedió… fue porque, sencillamente, yo soy un hombre y tú eres una mujer.

—Tú lo has soñado —contestó ella, muy enojada—. Jamás estuve desnuda delante de ti.

Ball se quedó con la boca abierta.

—Pues si lo he soñado…, he estado soñando casi todas las noches, durante una semana —rezongó—. Y, puedes creerme, eran unos sueños muy agradables.

Se puso en pie y movió los hombros.

—Quizá ahora pienses de otra forma —añadió, irritado por el

súbito cambio de actitud de la joven.

Marina se quedó muy pensativa.

—Dices que yo te invité a entrar en mi cámara —murmuró.

—A estas alturas, sería absurdo negar la evidencia. Además, acababa de dejar la guardia. Ni siquiera cabría la excusa de un par de copas de más, porque estaba completamente sobrio. Pero, en fin, no te preocupes; no volveré a molestarte.

Ball se alejó unos pasos y, sacando la navaja, se arrodilló junto al cadáver del felino.

—Tardaré un poco, pero tendrás su piel —dijo, sin volver siquiera la cabeza.

—¡Aguarda! —gritó ella de repente.

Ball se volvió ligeramente. Marina tenía el brazo extendido hacia él, pero de pronto lo bajó.

—No…, no es nada —dijo, muy turbada.

«A esta chica le pasa algo», pensó él. Pero, cuando convenía, sabía ser paciente.

* * *

La noche transcurrió con entera normalidad. El fuego, que Ball reavivaba de cuando en cuando, sirvió para alejar a algunas fieras, no habituadas en absoluto a las llamas. Apenas se hizo de día, Ball fue al río y se tomó un baño rápido.

Cuando regresó al campamento, vio que Marina estaba arrojando leña al fuego. La joven parecía muy preocupada.

—Jess, he estado pensando mucho en lo que dijiste ayer por la tarde —manifestó—. Tú sabes bien que Shinod me narcotizó.

—Sí, dijiste que ibas a celebrar algo…

—Lo dijo él. Pero ahora que recuerdo, sucedió cuando tú y Jake estabais examinando las fotografías y planos de la fortaleza de Bur-Ur-Ksani.

—Sí, eso sucedió a las veinticuatro horas del despegue. ¿Por qué lo dices?

—Jess, contéstame, cuándo me viste… desnuda?

—Bueno, dos días después…

Ball hizo una corta pausa.

—La verdad, me extrañó bastante —continuó—. No sólo por tu rango, sino porque, en todo momento, me pareciste una mujer bastante sensata. Oh, no es que no crea que no puedas dejarte en algunas circunstancias llevar por un arrebato de pasión; eso le sucede a la mujer más serena, pero, vamos, me extrañó mucho lo que sucedió entonces. Cantabas una melodía muy atractiva, parecías una sirena, tratando de atraer a los marineros con su voz irresistible. ¿Qué quieres?, soy un hombre y no pude resistirlo.

Ella movió la cabeza repetidas veces.

—Creo que empiezo a comprenderlo —murmuró—. No te lo reprocho, Jess; si caíste en la trampa, ahora, visto con frialdad, era completamente lógico.

—Marina, por favor, no acabo de comprenderte.

—Me parece que ya es hora de que sepas la verdad, Jess; yo no soy Shelitta.

—Pero, entonces, ¿qué diablos...?

—Shinod me contrató hace algún tiempo, debido a mi extraordinario parecido con la auténtica Shelitta. Yo..., bueno, algún día te contaré cosas de mi vida, pero, en aquellos momentos, necesitaba dinero. Shinod pagaba bien y acepté su proposición. Durante un par de semanas, él me instruyó adecuadamente, de tal modo, que habría podido desempeñar el papel de Shelitta en cualquier lugar del mundo. Pero, sinceramente, no acabo de comprender su juego y menos después de lo que me has contado.

—Yo tampoco —dijo él—. De todas formas, casi sospechaba que se trataba de una impostura. Pero temo que soy un poco ingenuo. El cebo del millón de solares fue demasiado para un tipo arruinado y sin trabajo.

—Jess, creo que he estado todo el tiempo narcotizada...

—Claro, por eso no recuerdas lo que hubo entre ambos. Estabas narcotizada, pero despierta; por eso obedecías ciegamente a Shinod. No sé qué razones tuvo para actuar así, pero ahora ya no cabe la menor duda de que te ordenó seducirme.

—¡No, no, no lo entiendes, Jess! —exclamó ella con gran vehemencia—. ¡A bordo de la nave hay otra mujer de apariencia exactamente idéntica a la mía!

—¡Rayos! ¿Será posible?

—Lo es, no me cabe la menor duda. Recuerdo un detalle revelador: la gran cantidad de ropa que había en mi equipaje. En su mayor parte, había sido comprada por Shinod. ¿Por qué tanta ropa, si yo no iba a necesitar la mitad de las prendas?

—¿Era para tu doble?

—Seguramente, Jess. Y, desde luego, mi nombre auténtico es Marina Kessyn. Súbitamente, Marina lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, Jess, detrás de ti!

El joven se puso en pie de un salto y empezó a volverse. En el mismo momento, algo chocó contra su cabeza y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VII

Marina se levantó también, contemplando atónita a la mujer que había surgido ante ellos como por arte de magia. Era joven, de formas rotundas, cubiertos los senos por dos trozos de piel y las caderas rodeadas por otra piel moteada. Su epidermis era muy atezada, lo que contrastaba extrañamente con el color pajizo de su cabellera.

La desconocida llevaba en la mano derecha algo parecido a una lanza, con punta de sílex. Pendiente de su cinturón se veía un largo cuchillo, hecho con una piedra verdosa, toscamente tallada, pero no por ello menos mortífera.

La mano de la recién llegada señaló a Ball.

—Es mío —dijo.

Marina se dio cuenta de que estaba ante una mujer de una raza primitiva, una especie de amazona cazadora, cuyo salvajismo le impediría razonar. El golpe que había derribado a Ball procedía del palo de la lanza. La amazona se había acercado a ellos con absoluto sigilo, de modo que su presencia había pasado desapercibida hasta el último instante.

—Te equivocas, es mío —declaró.

Los labios de la cazadora se distendieron en una sonrisa llena de desdén.

—Cuando hayas muerto, él será mi hombre.

Y, de súbito, lanzando un terrible aullido, cargó contra Marina, lanza en ristre.

Marina saltó ágilmente a un lado. Fallado el ataque, la amazona pasó por su lado. Marina la golpeó brutalmente con el pie en un costado. La amazona cayó por tierra, gritando de dolor.

Al caer, perdió la lanza, que pasó a manos de la joven terrestre inmediatamente. La amazona, sin embargo, se revolvió, sólo para ver que la punta de la lanza se apoyaba en su pecho, entre los senos.

—Quieta o te mato —dijo Marina.

Hubo un instante de silencio.

—¿Quién eres? —preguntó la terrestre.

—Swena, cazadora.

—Será de animales o de otros hombres. En cuanto a éste, olvídate de él.

Hubo un relámpago de ira en los ojos de Swena. Al fin, entró en su mente la convicción de que había sido derrotada.

—Está bien, me iré —dijo.

Marina retrocedió unos pasos. Con el rabillo del ojo, apreció que Ball empezaba a dar señales de vida.

Swena se incorporó. Entonces, algo ocultó la luz del sol.

Marina no reparó mucho en el detalle, pensando en que se trataba de una nube. Pero, de repente, atónita, vio que Swena se arrojaba al suelo, a la vez que lanzaba un grito de terror.

Asombrada, levantó la cabeza. Una gran masa plateada, descendía lentamente. La astronave ya tenía fuera las patas del tren de aterrizaje.

—Swena, levántate —dijo Marina—, Puede que necesite tu ayuda.

—Hay demonios...

—¡Tonterías! —exclamó la terrestre ásperamente—. Lo que hay son seres humanos... y puede que tengamos que luchar contra ellos.

La lanza voló por los aires a las manos de su dueña. Marina se apoderó de la que Ball había hecho días antes.

Shinod volvía, pensó. Posiblemente, había calculado que el simple abandono en Warrox no era suficiente y trataba de matarles, a fin de evitar ulteriores compromisos. De pronto, cuando la astronave se había posado ya en el suelo, se abrió una escotilla lateral. Alguien emitió un agudo grito de alegría:

—¡Marina!

—¡Jake! —exclamó la joven, atónita.

El pelirrojo saltó al suelo y corrió hacia ella.

—Estáis bien, supongo.

De súbito, Swena levantó su lanza.

—¡Quieta, es amigo! —dijo Marina.

Dawson miró fijamente a la cazadora.

—Oye, es muy guapa —sonrió—. Pero ¿qué diablos le pasa a Jess?

—Ella le dio un golpe, cuando estábamos descuidados. Dijo que era su hombre, pero yo le convencí de lo contrario.

—Vaya, esto sí que es divertido... Jess, disputado por dos mujeres, a cuál más bonita... Por cierto, Marina, ¿cómo has conseguido escapar de Shinod?

—Yo no he escapado de Shinod; fue él quien me metió en un bote, cuando estaba narcotizada. Jess quiso intervenir, pero Thu-Hoo le golpeó y le dejó sin sentido. Apenas si pudimos llegar aquí...

Dawson frunció el ceño.

—No puede ser —dijo—. A Jess le embarcaron solo. Thu-Hoo resultó ser un agente de los conspiradores que apoyan a la falsa Protectora. Tuve que matarle. Luego, Shinod se largó en otro bote, contigo y con Wanabi.

—Estás equivocado, Jake. Yo estoy con Jess desde el primer día —afirmó la joven.

Ball se sentó en el suelo, sujetándose la cabeza con ambas manos.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó desmayadamente.

—¡Hola, socio! —exclamó Dawson—. Parece que alguien te quiso disputar a Marina.

Ball contempló, atónito, a la cazadora.

—¿De dónde ha salido? —exclamó.

—Es Swena y quería... Bueno, ya te lo explicaré otro rato —contestó Marina—. Jake estaba hablando ahora y tiene que aclararnos muchas cosas.

—Socio, ella se largó en el otro bote con Shinod y

Wanabi. No sé por qué diablos lo hicieron, pero, de pronto, me encontré solo en la nave.

—Si querían escapar, ¿por qué no te mataron?

—Me encerraron en una cámara y dirigieron la nave hacia un planeta deshabitado. No contaron con mi fuerza. Derribé la puerta y pude tomar los mandos de nuevo. El detector me indicó muy pronto dónde podía encontrar el bote en que te metieron.

—Nos metieron a los dos, Jake —insistió Ball.

—Eso es imposible. Marina se fue con ellos. Si luego pudo escapar...

—Jake, después de que me embarcaron en el bote, ¿viste a Marina?

—Pues claro que la vi y hablé con ella y hasta me felicitó por haberme cargado a Thu-Hoo. Pero antes de que hubiera pasado una hora, ya me habían encerrado. Cuando pude salir de la cámara, ellos se habían largado ya en el bote...

Ball volvió los ojos hacia Marina.

—Tú tenías razón —dijo—. A bordo de esta nave, había una mujer exactamente igual a ti.

—¿Cómo? —gritó Dawson—. ¡Eso es imposible...!

—Socio, si hay algo que no comprendo en absoluto son los planes de Shinod. Marina asegura formalmente que ella no es Shelitta. A bordo de la *Flying Blonde* había otra Marina. ¿Cuál es la tercera mujer que ocupa actualmente el puesto de Protectora en Jhittasur?

Dawson se tapó los ojos con las manos.

—Voy a volverme loco —dijo—. Dos mujeres, tan iguales como dos gotas de agua, ya es sorprendente, pero tres rebasa todo lo que soy capaz de imaginar.

—Hay una solución —manifestó Ball—, Si queremos salir de dudas, no tenemos más que ir a Jhittasur.

—¿Crees que debemos hacerlo, Jess?

Ball se volvió hacia Marina.

—¿Cuál es tu opinión? —consultó.

—¿Por qué no? —respondió la joven—. Empiezo a sospechar que los conspiradores son ellos y que la auténtica Shelitta corre

peligro de ser suplantada. Si la ayudáramos, podríamos ganar algo.

—Muy bien, partiremos de inmediato…

—Eh, ¿qué hacemos con esta rubia? —exclamó Dawson.

—Dejarla aquí, no vamos a llevarla con nosotros.

Dawson se acarició la barba con la mano.

—Lástima, es guapísima —dijo.

Swena avanzó un paso.

—Tú eres mío —dijo—. Te quedarás aquí, a mi lado.

—Poco a poco, hermosa; yo tengo que hacer algo muy importante…

De repente, Swena le golpeó con el cabo de la lanza. Dawson se agarró el estómago con las dos manos.

La amazona levantó la lanza, a fin de golpearle con el palo. Pero no había contado con la singular fuerza física de Dawson.

Una mano del pelirrojo arrancó la lanza, que la partió en dos antes de que la estupefacta cazadora pudiera reaccionar. Luego hubo una tremenda pelea cuerpo a cuerpo. Swena aullaba como una fiera, en tanto que Dawson profería tremendas palabrotas.

La lucha terminó cuando Dawson, al fin, pudo conectar su temible derecha al mentón de la cazadora. Swena cayó, aunque sin perder del todo el conocimiento.

—Me la llevo —dijo el pelirrojo.

—¿Cómo? —respingó Ball.

—Ya lo has oído. Esta chica me gusta. Y ya es hora de dejar de ser soltero.

Ball elevó los brazos al cielo.

—Estás loco —resopló.

Dawson lanzó una carcajada. Luego, inclinándose, agarró a Swena por el pelo y la arrastró hacia la nave.

—Como en los tiempos prehistóricos —rió atronadoramente—. Swena, eres mía.

—Sí, mi hombre —contestó la cazadora con insospechada mansedumbre.

Ball y Marina cambiaron una mirada de asombro. La joven hizo un gesto con las manos.

—Si es su gusto…

—Parecen nacidos el uno para el otro… —sonrió Ball—. Bueno, creo que ya es hora de que levantemos el campo. Supongo que no querrás dejarte la piel del tigre de dientes de sable.

—Por supuesto.

De repente, se oyó un agudo silbido.

Algo bajó por los aires y reventó con atronador estruendo en uno de los costados de la astronave. Un chorro de humo subió inmediatamente a las alturas.

—¡A cubierto! ¡Nos atacan! —gritó Ball.

Dawson y la cazadora echaron a correr, separándose precipitadamente de la astronave. Ball tiró de la mano de Marina, llevándola al resguardo de unas rocas.

Sobre sus cabezas, a menos de quinientos metros, vieron un aparato que evolucionaba lentamente. Algo se desprendió de uno de sus costados, dejó una larga estela de humo blanco y acabó por estrellarse contra la proa acristalada de la *Flying Blonde.*

Una de las patas del tren de aterrizaje se quebró y la nave se acostó parcialmente sobre la hierba. Segundos después, el aparato atacante, cuya identidad desconocían todos, se perdía de vista en las alturas.

* * *

Sombríamente, Ball y Dawson examinaron los daños producidos en la astronave.

Había un agujero de casi dos metros en uno de los costados. La proa, menos resistente, había desaparecido prácticamente.

Dawson golpeó con la mano el metal de la nave.

—El agujero lateral podría ser reparado —dijo—. Costaría un poco y resultaría una chapuza, pero tenemos herramientas de sobra a bordo, incluyendo sopletes, con lo que al cabo de unos días estaríamos listos para despegar de nuevo. Lo malo es la proa…, y no es que no se pueda prescindir de ella, cerrando herméticamente un par de puertas, sino que el control central está totalmente destruido.

—Entonces, lo que tenemos delante es un montón de chatarra.

—Así es. Ni siquiera podemos utilizar el control manual. En cuanto a la computadora de vuelo, ya no existe.

Ball entornó los ojos.

—Han usado cohetes corrientes —murmuró—. Podían haber empleado algo más potente, una pequeña bomba nuclear, por ejemplo. A estas horas, nos habríamos convertido en humo.

—No podían hacerlo, Jess. Hoy día, la menor explosión nuclear se detecta incluso a mil millones de kilómetros de distancia y siempre hay patrullas en el espacio, con los detectores en funcionamiento. Eso lo sabes tan bien como yo.

—Sí, es cierto. Una explosión nuclear, habría dado motivo a una investigación a fondo. Tarde o temprano, se hubiera localizado a los autores, cosa que en modo alguno les conviene.

—Exacto. Con esos dos cohetes, han inutilizado la nave y nos dejan anclados aquí para siempre.

Dawson volvió los ojos hacia las dos mujeres, cuya rivalidad parecía haberse extinguido. Marina y Swena se ocupaban en aquellos momentos de despellejar irnos conejos que les iban a servir para la

comida.

De pronto, Ball exclamó:

—Jake, creo que eres demasiado pesimista. No me gustaría equivocarme, pero tengo la impresión de que he encontrado el medio de salir de Warrox.

CAPÍTULO VIII

Aunque con ciertas dificultades, Ball y su socio consiguieron entrar en la nave. Ball guió a Dawson hasta la popa, que aparecía completamente intacta.

—Jess, no irás a decirme que nos piensas sacar de aquí, montados a caballo en un generador antigravedad —rezongó el pelirrojo—. Aparte de irrealizable, es una idea absolutamente disparatada.

—¡He dicho yo algo de eso? —sonrió Ball—. Pero debemos alegrarnos de la severidad de las leyes respecto a las explosiones nucleares y de que los atacantes no hayan tenido mejor puntería. Si yo hubiese estado a bordo de ese aparato, créeme, hubiera apuntado a la popa.

—Sigo sin entenderte, Jess, te lo aseguro.

Ball levantó una mano y señaló un tubo de cristal, adosado a un mamparo.

—Indicador de nivel por sistema de vasos comunicantes —dijo —. ¿Qué señala?

—Depósitos de combustible para el motor auxiliar, completamente llenos.

—Exacto, amiguito. No podemos volar en esta nave, pero el bote salvavidas está intacto..., con menos de diez decímetros cúbicos de combustible, en un tanque que puede contener cuatro mil.

Dawson lanzó una exclamación.

—Me parece que empiezo a comprenderte —dijo.

—Buscaremos en el almacén de pertrechos. Tiene que haber una manguera y una bomba manual. ¿Te imaginas el resto?

—De buena gana te daría un beso —dijo, alegremente, el pelirrojo—. No se me había ocurrido, créeme...

—Dale el beso a Swena —rió Ball—. Otra cosa que también hemos de hacer es transbordar provisiones. En el bote no hay ni siquiera un litro de agua.

—Querían liquidaros, ¿eh? Jess, sospecho que iremos un poco apretados en el bote, pero no me importará.

—Sobre todo, si te sitúas junto a Swena. Jake, deberás tener mucho cuidado. Para ella será un formidable choque pasar de una civilización prehistórica, a otra que, en realidad, está situada a decenas de miles de años con respecto a su época actual.

—No te preocupes; es más inteligente de lo que parece. Bien, ¿cuándo empezamos a trabajar?

—Mañana, apenas salga el sol —decretó Ball.

Regresaron al campamento y dieron la buena noticia. Marina

palmoteó jubilosamente.

—Entonces, ¿cuándo podremos marcharnos?

—Tal vez mañana por la tarde —contestó Ball.

—Hay algo que me preocupa —dijo la joven—. ¿Quiénes dispararon contra la nave?

—Es una pregunta ociosa —manifestó Dawson—. Parece ser que les gusta divertirse pensando en los apuros de la gente. Ahora creen que nos han dejado anclados aquí para siempre. Pero, en su lugar, yo habría tirado a matar.

Marina entornó los ojos.

—Eso es muy cierto —musitó—. Sin embargo, no acabo de comprender por qué tuvieron que contratarme para que desempeñara el papel de una princesa desposeída de su trono, cuando tenían otra mujer que es exactamente igual a mí.

—Hay muchas cosas raras en este negocio, en efecto —convino Ball—. Pero lo sabremos todo cuando estemos en Jhittasur.

—¿Quién nos lo dirá, Jess?

—Tengo amigos en la capital. Algunos, supongo, deben de estar muy bien enterados de la política interior. Todo esto, lógicamente, no es sino ambición de poder.

—Lo cual significa pasta larga —dijo Dawson pintorescamente —. Jhittasur es un planetoide muy rico, una hermosa tarta, en la que muchos quieren meter sus manos, para llevarse los mejores trozos.

Ball hizo una mueca.

—De todos modos, nosotros seremos los perdedores. Nos quedamos sin nave, no recobraremos jamás la licencia y el millón de recompensa no es más que palabras que se llevó el viento.

Hubo un momento de silencio. Las palabras de Ball eran el reconocimiento expreso de una situación nada agradable.

—Pero si podemos llegar hasta Shelitta, nos dará una buena recompensa —dijo Dawson, súbitamente.

—Lo mejor será que empecemos a pensar en la cena —intervino Marina—. Ya nos ocuparemos de este asunto cuando lleguemos a Jhittasur.

—Después de la cena, ya de noche, conversaron un rato, comentando la situación. Poco más tarde, Dawson se puso en pie.

—Ven, Swena.

La cazadora obedeció. No formuló ninguna objeción cuando Dawson se apoderó de su mano.

Dawson y Swena desaparecieron en las tinieblas. Ball sonrió comprensivamente.

—Jake ha sido siempre un tipo... polígamo, pero apostaría algo que ha encontrado la mujer de su vida —dijo.

—¿La encontraste tú alguna vez? —preguntó Marina.

—Ball estaba tendido de costado, con la cabeza apoyada en una mano.

—No —respondió—. Nunca me decidí por una... Tal vez es que he viajado demasiado. No lo sé de fijo; estas cosas no se saben hasta que llega la ocasión.

—Sí, tienes razón —murmuró ella—. Yo misma me enamoré una vez, pero la cosa fue un fracaso. Él se enteró de mi verdadera profesión y me abandonó. No se lo puedo reprochar; en estos tiempos, todavía hay gentes que piensan de una forma algo anticuada.

—¿Qué hacías tú, Marina?

—Hubo una temporada que estuve en un hospital, hace tres años, aproximadamente. No lo recuerdo muy bien; cuando me restablecí, los médicos dijeron que había padecido una fortísima amnesia durante bastantes años. Sé que me encontraron vagando un día, bajo la lluvia, por un camino, perdida la memoria por completo... Nunca he conseguido recobrarla del todo; mi pasado está envuelto en brumas hasta que salí del hospital.

—¿Y después?

—Encontré trabajo en un circo. Aprendí a ser equilibrista. Luego dejé el circo; no me gustaba la vida errante. Fui a un *music-hall.* Necesitaba comer y tuve que hacer cosas que no me gustaban. Entonces fue cuando le conocí a él. Me enamoré..., pero cuando se enteró de mi trabajo, rompió el compromiso. Ya lo he olvidado; no merecía la pena seguir padeciendo inútilmente.

—Eso es cierto. ¿Fue en el *music-hall* donde te encontró Shinod?

Marina asintió.

—La proposición era buena. Shinod se portó muy generosamente conmigo. Dejé de ser una bella estatua que se movía, respiraba y sonreía a los hombres y me convertí en una mujer adinerada. Luego fui a buscarte... y aquí estamos los dos.

La joven dejó de hablar. Ball la contempló durante unos segundos. Marina, sentada sobre sus talones, le miraba fijamente, con su hermoso rostro iluminado por el resplandor de la hoguera. Ball pudo ver el suave movimiento de ascenso y descenso de sus senos, cuyas firmes curvas eran reveladas por la liviana blusa.

—Marina, si logramos salvar a Shelitta de este compromiso, cuando todo haya terminado, tú y yo hablaremos muy seriamente —dijo Ball.

—Sí, Jess.

—Empiezo a sospechar la verdad, aunque no acabo de comprender del todo lo que sucede. Pero Shinod está ya en Jhittasur con la falsa Marina, para conseguir que ocupe el puesto de Shelitta. Entonces, dado el ascendiente que tiene sobre ella, Shinod se convertirá en el dueño de Jhittasur.

—Debemos evitarlo, Jess. No sé por qué, pero siento una viva simpatía por Shelitta —dijo Marina, con gran vehemencia.

—Haremos lo que podamos —contestó él gravemente.

* * *

Desde la altura, contemplaron la imagen del planetoide, cuyo diámetro era la mitad del de la luna terrestre. Un núcleo central, de metales extraordinariamente densos, confería a Jhittasur la suficiente fuerza de gravedad para que la vida pudiera desarrollarse en perfectas condiciones.

Había agua en abundancia y extensísimos bosques. La capital, de edificios de los más variados estilos y tendencias, estaba edificada en una gran llanura, y sus calles, anchísimas, estaban tiradas a cordel, cruzándose unas con otras, de modo que formaban cuadrados absolutamente iguales. La diversidad de las construcciones salvaba, sin embargo, la posible monotonía del trazado urbano.

Hacia el norte, bordeando los límites de la ciudad, se veía un caudaloso río, atravesado por varios puentes. La llanura se elevaba a poca distancia del río, hasta culminar en una oscura montaña, rematada por una impresionante construcción de ciclópea apariencia.

La fortaleza de Bur-Ur-Ksani —dijo Marina.

—Parece que la conoces bien —sonrió Ball, sin quitar la vista de los mandos.

—Shinod me enseñó demasiadas fotografías, como para no reconocerla en el acto.

—No entiendo —terció Dawson—. Si pensaba eliminarte, ¿por qué te dio tantos detalles de la fortaleza?

—Bueno, supongo que su plan era lograr que yo confiase a Jess. No podía alegar, que era la protectora de Jhittasur y luego resultar una ignorante de todo lo que hay en mi planeta.

—Sí, claro; y cuando llegó el momento, te sustituyó por la... sirena —murmuró Ball pensativamente.

Swena, la cazadora, apenas si hablaba. Extática, contemplaba el panorama que se ofrecía a sus ojos desde las alturas. Para ella, todo era nuevo y motivo de admiración. Dawson, de pronto, la agarró por la cintura.

—Hoy mismo te compraré ropas, para que tires esas pieles —dijo.

—Son muy bonitas —alegó Swena.

—Puede, pero apestan.

Ball se echó a reír. Al fin, después de algunas evoluciones, recibió permiso de la torre de control del astro- puerto.

El aterrizaje se realizó sin novedad. Un oficial de seguridad quiso saber por qué cuatro personas viajaban a bordo de un bote

salvavidas. Ball alegó una avería en su nave, que les había obligado a posarse en Warrox. La avería había resultado irreparable con los medios de que disponían y por ello se habían desplazado hasta Jhittasur, a fin de procurarse los elementos que les permitiesen poner de nuevo la astronave en estado de vuelo.

—Pero eso es una mentira —dijo Marina, una vez que el oficial les hubo concedido permiso para abandonar el astropuerto.

—Se ve que no conoces bien Jhittasur —respondió él—. La liberalidad es norma absoluta en el planetoide, siempre que no infrinjas unas cuantas leyes, pocas, pero rígidamente aplicadas. Aquí no se pregunta a nadie de dónde viene ni adónde va, mientras se porte bien, ¿comprendes?

—Ni siquiera miró a Swena —exclamó la joven, todavía asombrada.

—Han visto cosas mucho más raras —sonrió Ball—. Por cierto, necesitarás ropas.

Marina se contempló unos instantes. Sólo tenía el traje monopieza, que se había visto obligada a recortar.

—Estoy hecha un asco —se quejó.

Ball metió la mano en el bolsillo.

—Por fortuna, todavía me queda el dinero que me diste por anticipo. Antes de ir al hotel, te comprarás un buen equipo de ropa. Ayuda a Swena a elegir su vestimenta, ¿quieres?

—Desde luego. Jess, qué vas a hacer tú mientras?

—Jake podría acompañaros, aunque no entre en el probador —contestó él, malicioso—. Yo iré a reunirme con vosotros más tarde. Tengo que hacer una visita y enterarme de cómo están las cosas en Jhittasur.

La cinta deslizante les había llevado ya hasta el exterior. Ball agitó una mano y un helitaxi se acercó en el acto.

—Jake, tú te encargas de las chicas. Nos reuniremos en el S'Thir; es un buen hotel. No el mejor, pero sí bastante discreto. ¿Entendido?

—De acuerdo, socio.

El helitaxi se despegó del suelo. Ball llamó a otro. Una vez arrellanado en su asiento, dijo:

—Avenida de las Cien Mil Estrellas, doscientos uno.

—Sí, señor.

Un cuarto de hora más tarde, Ball se apeaba ante una casa de forma cúbica, aparentemente sin puertas ni ventanas y rodeada de un gracioso jardín. Pagó el importe del viaje y avanzó directamente hacia la casa.

Cuando llegaba, una parte del muro se hizo transparente. Una hermosa mujer, de unos treinta y cinco años, apareció al otro lado.

—Apostaría algo a que este buen mozo es Jess Ball, de la Tierra

—dijo, después de que la puerta se hubo deslizado a un lado.

Ball tendió ambas manos hacia la mujer.

—Puede que haya cambiado, pero soy el mismo, Ina Effun —saludó—. Tan guapa y atractiva como siempre... El buen Errol Effun debe sentirse muy orgulloso de su mujer.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—Errol ya no siente nada —respondió—. Hace un año que está en el cementerio.

CAPÍTULO IX

Aunque aparentemente de piedra, las paredes eran transparentes y permitían ver el exterior, tamizando la luz de acuerdo con los deseos o las necesidades del momento. Ciertamente, en el interior de la casa, había algunos tabiques constantemente opacos, pero el conjunto resultaba muy atractivo. Incluso, si el dueño lo quería, podía opacar todos los muros.

Sentado en un cómodo diván, Ball esperó a que Ina llenase una copa con el rojo vino de Jhittasur. Luego, la joven se sentó frente a él.

—¿Has venido a traficar? —preguntó.

—No, luego te explicaré... Cuéntame, qué le pasó a Errol?

—Le asesinaron.

—Oh, no sabes cuánto lo siento...

Ina se esforzó por sonreír.

—Ya me he habituado a la idea de su ausencia. Resultó un poco difícil al principio, pero... Está bien, dejémoslo, Jess. Dime. ¿qué te ha traído por aquí?

Ball contempló su copa durante unos instantes. Diez años antes, había sostenido un apasionado romance con Ina. Pero no había durado mucho; Errol Effun había intervenido y ella se había convertido en su esposa. Ball no se lo reprochaba; Ina era una mujer a quien le gustaba el sosiego y la paz del hogar, cosas que Errol podía ofrecerle mucho mejor que él.

Pero sabía que podía confiar ciegamente en Ina.

—Tengo que contarte algo —dijo al fin—. Lo único que te pido es discreción. Sé que Errol tenía muchas amistades. Después de que sepas por qué estoy aquí, podrás aconsejarme.

—Sí, con mucho gusto, Jess.

Ball empezó a hablar. Cuando terminó, Ina se hallaba pasmada de asombro.

—Es una historia increíble —calificó.

—Bueno, me atengo a los hechos. Y, créeme, las cosas que nos han sucedido, no proceden de la mera casualidad.

Ina entornó los ojos, a la vez que se reclinaba en el diván.

—De modo que el hombre que dice querer que Shelitta recobre su puesto se llama Shinod —dijo.

—Al menos, ése es el nombre que dio.

—¿Puedes describirlo, Jess?

Ball hizo un retrato verbal del individuo. Al terminar, Ina hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es Shinod, comerciante y especulador. Muy ambicioso, sin escrúpulos. El hombre que asesinó a Errol se llama Vor Komt. Le

absolvieron por falta de' pruebas, pero todo el mundo sabe que trabajaba para Shinod.

—Caramba, esto tiene todas las trazas de un crimen pagado.

—Estoy segura de que fue así, Jess. Errol estorbaba a Shinod. Mi esposo era delegado de sector urbano, precisamente el sector en que Shinod tenía su negocio. Errol estaba a punto de sacar a relucir unos cuantos trapos sucios que hubieran costado a Shinod una larga condena. Cuando encontraron a mi esposo muerto, vieron que no llevaba encima una sola prenda de ropa.

—Sí, la cosa empieza a hacerse más clara. Si Errol llevaba encima algo comprometedor, Vor Komt lo hizo desaparecer. ¿No sabes de qué se trataba?

Ina movió la cabeza negativamente. Ball reflexionó unos instantes.

Al fin, llegó a una conclusión:

—¿Deseas vengarte de Shinod, Ina?

—Deseo que se haga justicia —contestó ella.

—En tal caso, tendrás que ayudarme... de la forma en que te indique. ¿Querrás hacerlo?

El pecho de la joven latió con fuerza.

—Sí —contestó resueltamente.

Ball habló durante unos minutos. Al terminar, Ina hizo un gesto de asentimiento.

—De acuerdo. ¿Cuándo volveremos a vernos?

—Dentro de veinticuatro horas. ¿Podrás conseguirlo en ese espacio de tiempo?

Ina sonrió de una manera extraña.

—Todavía me miran los hombres —contestó.

—Es que hay mucho que mirar —rió Ball, a la vez que se ponía en pie—. Ina, tienes que empezar a pensar en ti misma —agregó.

Ella se le acercó y puso sus manos sobre los hombros del visitante.

—¿Por qué no me ayudas tú, querido?

Ball la besó suavemente en los labios.

—Tengo trabajo —se despidió.

Cuando dejó la casa, anochecía ya. Tomó una cinta deslizante y se dejó llevar hacia el hotel en donde debía reunirse con los demás.

Tuvo que cambiar de cinta varias veces. Al llegar al hotel adquirió la convicción de que había sido seguido.

Con aire natural cruzó la entrada. Alcanzó un lugar discreto y se volvió para mirar hacia la calle. Sí, el tipo sospechoso se había detenido junto a un frondoso árbol.

* * *

—¿Crees que dará resultado? —preguntó Dawson, una vez se hubo enterado de lo que Ball había hecho durante el día.

—Al menos, lo intentaremos. Ese Vor Komt es un nombre de confianza de Shinod. Tiene que estar enterado de muchas cosas, forzosamente.

Ball hablaba junto a la ventana. El espía continuaba en el mismo sitio.

—¿Cuándo debes reunirte con la viuda?

—Mañana, a media tarde. Ina está segura de atraer a Komt. Este no la conoce. Bastará que ella no diga su apellido, para que pique como un incauto.

—Y entonces, intervendremos nosotros... Jess, ¿qué miras con tanto interés?

—He sido seguido, Jake.

Dawson lanzó un taco y cruzó el saloncito. Ball extendió una mano.

—Cuidado, que no te vea —avisó.

—Pero ¿quién diablos...?

—Jake, Shinod ha ideado un plan que puede reportarle colosales beneficios. Por tanto, es lógico que trate de prever todas las eventualidades. Y, seguramente, no está solo. Necesita colaboradores, ¿entiendes?

Dawson se situó en uno de los lados de la ventana.

—¿Es el hombre que está bajo el árbol?

—Sí, el mismo. Jake, me gustaría darle un susto.

—Cuenta conmigo...

Marina y Swena entraron en aquel momento. Ball se quedó atónito al darse cuenta de la transformación operada en la cazadora. Dawson se sintió orgulloso.

—¿Verdad que parece otra? Pero es la misma, Jess. —Se acercó a Swena y rodeó su cintura posesivamente con un brazo—. Ella es mía —añadió.

Swena apoyó la cabeza en el hombro del pelirrojo.

—Es mi hombre —suspiró.

—Sí, de acuerdo, pero tenemos trabajo. Las efusiones, para otro rato.

—¿Qué sucede, Jess? —inquirió Marina.

—Hay un espía. Jake y yo vamos a intentar deshacernos de él.

Marina lanzó una exclamación de susto. Ball sonrió, cuando ya abría la puerta,

—No temas. Jake, ya sabes lo que has de hacer.

—Descuida, socio.

Ball abandonó el hotel minutos más tarde. El espía se despegó del árbol en el acto. Concentrada su atención en Ball, no advirtió que,

a su vez, Dawson le seguía los pasos.

El joven caminó durante un kilómetro, encaminándose a la zona de parques situada junto al río. A lo lejos, en la altura, brillaban los focos que alumbraban los contornos de la fortaleza de Bur-Ur-Ksani.

Ball caminaba con paso rápido. Al cabo de un rato, llegó al borde del parque y se apoyó en el parapeto situado a cinco o seis metros sobre el río. Parecía aguardar a alguien.

El espía se le acercó sigilosamente. De pronto, metió la mano en el bolsillo y sacó algo parecido a un tubo, de sección oval y de unos treinta centímetros de largo.

De puntillas, dio un par de pasos más. Súbitamente, una mano que parecía de hierro, atenazó su muñeca.

Otra mano le tapó la boca. Hubo un leve forcejeo. Ball oyó el ruido y se volvió.

—Eres un tipo estupendo, socio —dijo, complacido.

Los ojos del espía brillaban en la oscuridad. El tubo continuaba aún en su mano.

—Déjale libre la boca, Jake. Quiero que nos diga dónde está Shinod en estos momentos.

De súbito, el espía hizo un terrible esfuerzo por liberarse. Como reacción, Dawson empujó en sentido opuesto. De un modo involuntario, retorció la muñeca del sujeto. Algo chasqueó secamente.

El cuerpo del espía sufrió una terrible convulsión. Atónito, Dawson se dio cuenta de que sus piernas se doblaban.

—A este tipo le pasa algo —dijo.

Ball alargó la mano y se apoderó del tubo que aún conservaba el sujeto en la suya. Al apretar un tanto maquinalmente, algo salió del tubo con velocidad fulgurante, volviendo a desaparecer en una fracción de segundo.

—¿Qué diablos...?

—Es la navaja automática típica de Jhittasur — explicó Dawson —. Tiene tres hojas, con una separación de dos milímetros y dimensiones de veinticinco por tres centímetros. Las hojas entran y salen cuando se aprieta el resorte del mecanismo... Bueno, ¿qué diablos hago con este tipo?

Ball masculló una interjección. Le hubiera gustado hablar con el espía, pero era algo de lo que ya podía olvidarse.

—El río está a un paso —dijo.

Dawson miró a derecha e izquierda. Luego pasó el cadáver por encima del parapeto. En la base del mismo, se iniciaba un talud casi vertical. Dawson soltó el cuerpo ya inerte, que resbaló hasta hundirse en el agua con leve chapoteo.

—Regresemos.

Marina y Swena aguardaban en el saloncito. Sin pronunciar una

palabra, Ball abrió una botella y se sirvió una copa.

—Hemos perdido el tiempo —dijo Dawson.

—Pero estáis vivos —observó Marina.

Dawson asintió. Luego alargó una mano:

—Dame la navaja; todavía debe de estar manchada.

Marina contempló, aterrada, aquel mortífero instrumento. Dawson fue al baño y volvió a los pocos momentos. Swena se sintió admirada al ver la forma en que actuaba la navaja de triple hoja. Entre el chasquido de salida y de repliegue, no había ni tres décimas de segundo de diferencia.

—El asunto ha salido bien, hasta cierto punto —dijo Ball—, Pero nos demuestra que Shinod no relaja la vigilancia.

—Personalmente, no creo que supiera que nos habíamos escapado de Warrox —declaró Dawson—. No obstante, es un tipo harto desconfiado como para no tener espías en todas partes.

—Hay algo que no acabo de entender —manifestó Marina—, Shinod ha querido deshacerse de nosotros. Pero ¿por qué ha recurrido a un medio tan absurdo como el de abandonarnos en un planeta poco menos que deshabitado y, desde luego, no colonizado? ¿No le habría resultado más fácil y seguro matarnos?

—Hay algo extraño en su actitud, es cierto —admitió Ball pensativamente—, A ti te narcotizó, veinticuatro horas después de la partida. Pero ¿por qué te mantuvo una semana o más bajo hipnosis?

—Había otra mujer igual a mí, que debía tomar mi puesto.

—Eso no es suficiente. Shinod actuó de esa forma por un motivo más poderoso, que no alcanzo a comprender. En cualquier momento, pudo matarnos a los tres y no lo hizo.

—Lo de Marina resulta incomprensible —intervino Dawson—. En cuanto a nosotros, nos necesitaba para pilotar la nave, al menos durante el viaje subespacial. Shinod es piloto que no podía manejar una astronave en esos momentos tan delicados, ni aun contando con la perfección de los instrumentos. Por eso estamos vivos.

—Pudiera ser —contestó Ball dubitativamente—. Lo que sí es seguro es que quisieron deshacerse de Marina. Yo me marché con ella, obligado por las circunstancias, pero tú... ¿No dices que te felicitaron por haber liquidado a Thu-Hoo?

—Es cierto, pero creo que eso les dio un poco de miedo y por eso me dejaron plantado. Tal vez pensaron que me volvería a la Tierra, creyendo que ya habíais muerto.

—Me parece que estamos haciendo especulaciones que no conducen a ninguna parte —exclamó Marina—. ¿Por qué no lo dejamos para el momento en que volvamos a enfrentarnos con Shinod?

—Sí, es una buena idea —convino Ball—. Mañana sabremos más

cosas. Jake, tú te ocuparás de hacer hablar al asesino de Effun.

—Déjalo en mis manos —contestó Dawson, sonriendo torvamente.

* * *

Por la mañana, Ball salió con Marina, al objeto de comprarle algunos obsequios. La joven, aconsejada por su acompañante, llevaba unas grandes gafas de color claro, que desfiguraban notablemente sus facciones. Ello resultaba aconsejable, debido al singular parecido que tenía con la auténtica Shelitta.

Cambiando de cinta varias veces, recorrieron los puntos más notables de la ciudad.

—Se nota que lúe colonizada por nosotros, los terrestres —dijo Marina, no sin cierto orgullo en la voz—. Ese museo, por ejemplo, encierra lo mejor del arte primitivo jhittasuriano. Hay piezas muy notables, entre ellas una estatua en traje de ceremonia, de Thurso VIII, de la XI Dinastía, quien fue protector de Jhittasur hace cuatro mil doscientos años. Tiene un valor incalculable.

Ball se quedó parado al oír aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó—. Pareces una guía del museo. Pero estoy seguro de que has leído algún folleto...

Marina frunció el ceño.

—No he leído folletos turísticos ni guías de ninguna clase —respondió—. Lo sé, es todo cuanto puedo decirte.

El joven guardó silencio. Para comprobar si lo que Marina decía era cierto, se la llevó al museo, en cuya entrada compraron una detallada guía de las obras de arte que se exponían en su interior. Si, la descripción de la estatua de Thurso VIII coincidía plenamente con la que había hecho Marina.

El detalle le preocupó considerablemente. Terminada la visita, buscó un establecimiento en el que esperaba encontrar algo que confirmase sus sospechas. Un empleado le atendió con gran amabilidad.

—Sí, tenemos lo que desea —contestó tras oír la demanda del joven—. Le diré su precio...

—El precio importa poco. Envíelo al hotel S'Thir, habitación trescientos diecisiete.

De pronto, Ball reparó en una máquina que se hallaba expuesta en una vitrina. Dio unos pasos en sentido lateral y estudió con gran atención el rótulo que definía la utilidad del artefacto.

—No sabía que se construyeran estos cacharros —dijo, al cabo de unos segundos.

—Es algo que se ha inventado hace poco, doctor —contestó el empleado—. Bueno, ya hace un par de años… Usted es terrestre, me

imagino.

—Si, en efecto.

—En tal caso, es lógico que no lo conozca. No son muchos los médicos de la Tierra que nos visitan. Pero en su trabajo podría resultarle sumamente interesante.

—Es posible —dijo Ball con voz neutra—. En todo caso, volveré dentro de un par de días. Todavía estaré algún tiempo en Jhittasur. Y ahora, por favor, dígame el precio de la sonda mental.

El empleado citó una cifra. Ball abonó el importe sin pestañear.

—Se la enviaremos inmediatamente, doctor —dijo el vendedor.

En la calle, Marina se volvió hacia el joven.

—¿Por qué has mentido? — preguntó—. ¿O acaso eres médico de veras?

—No, claro que no soy médico. Pero el empleado me llamó doctor casi desde el primer momento y no veo por qué había de sacarle de su error, sobre todo, si tenemos en cuenta la clase de trastos que se venden en esa tienda.

—Aparatos e instrumentos médico-quirúrgicos —dijo Marina con los ojos entornados.

—Exactamente.

—Si no eres médico, no sabrás utilizar la sonda mental. En todo caso, ¿por qué la has comprado?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Por el momento, debes contentarte con saber que una sonda mental no es tan difícil de manejar. Pero el otro aparato sí me preocupa extraordinariamente. Desconocía su existencia…, cosa que quizá no se pueda decir de Shinod.

—¿Shinod? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Mucho más de lo que te imaginas, guapa —contestó Ball.

CAPÍTULO X

El videófono sonó de pronto. Ina Effun se levantó, dio el contacto y luego movió la mano.

—Es para ti —dijo.

Ball se acercó al aparato. El rostro de su socio apareció de inmediato en la pantalla.

—Jess, confirmado. Shinod compró uno de esos aparatos hará cosa de seis meses —dijo Dawson.

—Muy bien. —Ball vio el rostro de Swena, situada inmediatamente detrás del pelirrojo—. Ya podéis venir —añadió.

—De acuerdo.

Ball cortó la comunicación y se volvió hacia lna.

—Supongo que Komt no tardará mucho en llegar —dijo.

Ina sonrió.

—La cita es a las siete y media en punto, no sabe que soy la viuda de Effun y cree que soy una prostituta de lujo, que se ha encaprichado de su bello rostro. Cuando le di esta dirección, pareció extrañarse, pero le dije que había comprado la casa a una viuda, cuyo esposo había muerto hacia cosa de un año.

Ball contempló a la joven, cuyo aspecto no podía ser más seductor. Los años no habían pasado por ella, pensó melancólicamente..., aunque en realidad habían transcurrido diez desde su apasionado romance.

—Le volverá del revés, como un guante —rió Marina.

—No le daremos tiempo. Bien, te dejamos sola. Ina —dijo Ball, a la vez que se llevaba de la mano a la joven.

Transcurrió un buen rato. Alguien llamó a la puerta. Ina, vestida con una túnica que parecía hecha de tela de araña, abrió.

Un hombre apareció en el umbral. Era alto, de poderosa musculatura y cráneo afeitado. Sin pronunciar una sola palabra, abrazó a la joven y la besó ardientemente.

—Pero, Vor... —dijo Ina poco después, muy sofocada—. Eres... terriblemente impetuoso...

—Hay cosas que no se pueden remediar —contestó el asesino, con voz de trueno. Y quiso abrazarla de nuevo, pero ella le puso ambas manos en el pecho.

—Será mejor que tomemos primero una copa —propuso.

Ina llenó dos copas. Komt vació la suya de un trago y luego la arrojó por encima del hombro. Inmediatamente, se abalanzó contra la joven y la alzó en sus poderosos brazos.

—Ya he tomado la copa —mugió.

Ball maldijo entre dientes. Aquello no era lo acordado. Dawson

no había llegado aún y se sentía muy impresionado ante la poderosa musculatura del asesino. Él era fuerte, pero, aun así, no podía compararse ni de lejos con aquel gigantesco individuo.

Pero, como fuera, no podía permitir que Ina hiciese algo que le repugnaba. Abandonó su escondite y se hizo visible.

—Déjala —ordenó secamente.

* * *

Komt miró sorprendido al hombre que acababa de aparecer ante él. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, todavía con la joven en brazos. De pronto, la arrojó como si fuera una pluma. Por pura casualidad, Ina fue a caer en un diván, del que rebotó al suelo.

—Chica, no me dijiste que tenías un amante —gruñó.

Ina, todavía tendida, se sentía aterrada.

—Él no es...

—¿A quién tratas de engañar, zorra? Pero me da lo mismo: ahora voy a retorcerte el cuello. Luego nos divertiremos tú y yo, sin estorbos.

Avanzó hacia Ball. El terrestre, súbitamente, se acordó de la navaja del espía.

—No te acerques, Komt —dijo.

El asesino contempló unos instantes el mortífero instrumento. Ball hizo salir y entrar la hoja una vez, a fin de impresionar a su adversario.

De pronto, Komt lanzó una carcajada que hizo temblar algunos vidrios.

—¿Crees que eso me asusta? —exclamó. Su mano derecha se movió con fulgurante rapidez y, antes de que Ball supiera lo que sucedía, se apoderó de la navaja. Acto seguido, la apoyó contra su tórax y presionó el resorte.

No ocurrió nada. De pronto, Ball sintió un infinito respeto hacia aquel colosal individuo.

Con la mano izquierda, Komt se rasgó la camisa y enseñó un tórax que parecía de bronce.

—Soy de Erxin y los erxinitas tenemos la piel tan dura como el acero —dijo, muy ufano.

Atónito, Ball pudo comprobar que la navaja de triple hoja sólo había marcado tres diminutos puntos, como los que hubieran hecho unas agujas de coser. ¿Era invulnerable aquel individuo a las armas corrientes?

Komt dio un paso, dos... Sonreía malignamente. Ball se dio cuenta de que, hiciera lo que hiciera, estaba condenado a la derrota.

De repente, algo voló por los aires y alcanzó el pelado cráneo del erxinita. Komt se desplomó fulminado.

—Su piel podrá ser dura, pero tiene un cráneo tan blando como una manzana podrida —dijo Dawson despectivamente.

Ball dejó escapar el aire largamente contenido en sus pulmones.

—Has llegado a tiempo, socio —exclamó.

—Lo siento, no nos fue posible venir antes —se disculpó el pelirrojo—. ¿Por qué diablos no me aguardaste?

Ina se había puesto ya en pie y trataba de arreglarse las ropas.

—Ese bruto me llevaba ya al dormitorio —dijo.

—Un tipo impaciente, ¿eh? —comentó Dawson alegremente—. Bien, socio, ¿qué hacemos con él?

Ball se volvió hacia la dueña de la casa.

—El aislamiento, ¿es total? —consultó.

—Puede conseguirse —respondió Ina.

—Entonces, hazlo. Jake, ¿qué me aconsejas para hacer que Komt despegue los labios?

Dawson meditó durante algunos segundos. Luego dijo:

—El tipo se recuperará muy pronto. Lo que conviene es atarlo antes de que despierte; de lo contrario, puede darnos un disgusto. Después te diré lo que hemos de hacer.

Se volvió hacia Ina.

—Vacía el frigorífico, por favor.

Cuando Komt despertó, se encontró atado de pies y manos, encogido sobre sí mismo, de tal modo que las rodillas tocaban el mentón, y en el interior de una frigidísima jaula de vidrio, al otro lado de la cual le contemplaban varios rostros humanos.

Komt lanzó un poderoso bramido. El frío era intensísimo.

Ball le hizo señas de que debía hablar. Komt negó con la cabeza. Ball se encogió de hombros.

Transcurrió un cuarto de hora. La cabeza y los hombros de Komt estaban ya cubiertos de blanca escarcha. Komt hizo un gesto afirmativo.

Dawson abrió la puerta transparente, y tiró del sujeto, haciéndolo rodar por el suelo.

—Tu pellejo es duro, pero la cabeza parece de mantequilla. Si no hablas, te dejaré sin sentido de nuevo y volverás al frigorífico. ¿Has entendido?

Los dientes de Komt castañeteaban audiblemente.

—¿Qué... qué es lo que deseas saber?

—Shinod piensa asaltar la fortaleza de Bur-Ur-Ksani. ¿Cuándo?

—Ma...ñana por la noche...

—¿Tienes que acompañarle?

—Sí.

—¿Quiénes más irán?

—Ella..., Shinod, Wanabi y yo...

Ball se mordió los labios. Tocó en el hombro a su amigo y lo hizo retirarse unos cuantos pasos.

—Si Komt no participa en la operación, Shinod puede sospechar. Y si lo dejamos libre, informará a su jefe de lo que le ha sucedido.

—Es un dilema, en efecto —convino Dawson preocupadamente —, ¿Cómo podríamos arreglarlo?

El joven reflexionó unos instantes. De pronto, creyó haber hallado la solución.

—Tendrás que quedarte aquí, vigilándolo —dijo al cabo—. Yo debo volver al hotel, pero regresaré lo antes posible. Sin embargo, te aconsejo que refuerces las ligaduras de esa bestia con dos patas.

—Descuida, Jess.

* * *

Dos horas más tarde, el prisionero estaba sentado sobre una butaca. Sólidamente amarrado, no podía hacer el menor movimiento, excepto hablar.

—Tiene un vocabulario sorprendentemente variado —dijo Dawson de buen humor, cuando vio a su socio que regresaba, con un gran bulto en las manos—. Las mujeres están escandalizadas. Menos Swena.

—¿Por qué? —preguntó Ball ingenuamente.

—Hombre, no comprende la mayor parte de las palabrotas —rió Dawson de forma estentórea.

Ball sonrió. Marina y las otras dos contemplaban atentamente las operaciones que realizaba el joven. Al fin, vieron un casco semiesférico, de metal reluciente y de casi sesenta centímetros de diámetro. Un grueso cable salía de la cúspide, con una conexión que podía empalmarse a cualquier toma de corriente.

Otro cable, más pequeño, terminaba en un micrófono, destinado a ser utilizado por el operador. A pesar de la resistencia opuesta, Komt tuvo que resignarse a que le colocaran el casco sobre su cráneo. El interior se acomodaba automáticamente a las dimensiones de la cabeza del paciente.

Cuando tuvo puesto el casco, Komt forcejeó de tal manera, que parecía iba a romper sus ligaduras. Sus esfuerzos cesaron bruscamente cuando Ball, a través del micrófono, dio una orden:

—¡Quieto!

Komt se inmovilizó en el acto. Marina se sentía estupefacta. Jamás había visto nada semejante.

—Vor Komt —dijo Ball—, cuando veas a Shinod, y sólo si te pregunta algo, le dirás que has estado pasando parte de la tarde y de la noche con una mujer llamada Heya Oburr. Olvidarás cuanto se refiere a nosotros y todo cuanto no se relacione estrictamente con

Heya, de la que guardarás un magnifico recuerdo. Ha sido amable, cariñosa, complaciente, muy apasionada.. ¿Lo has entendido?

—Sí —contestó Komt opacamente.

—A nosotros no nos has visto para nada. Otra cosa: Heya vive en la Avenida Hriphon, cuatrocientos cuarenta. ¿Comprendido?

—Sí.

Ball hizo un gesto con la mano. Ina se situó frente al prisionero.

—Esta es Heya Oburr.

—¡Hola, Heya! He pasado una tarde muy agradable.

Ina sonrió.

—Yo también, querido.

—Bien, ya está —dijo Ball.

Dawson desconectó el aparato y quitó el casco de la cabeza de Komt. Momentos después, el erxinita se ponía en pie.

Ina le acompañó hasta la puerta. Allí, Komt se inclinó para besarla.

—Vuelve otro día —sonrió ella.

—Seguro —contestó el gigantesco individuo.

Dawson lanzó un enorme suspiro cuando vio que Komt se alejaba de la casa.

—Espero que resulte —dijo.

—Resultará —afirmó Ball—. La sonda mental puede usarse en dos direcciones: hacia el interior y desde el interior hacia afuera, es decir, para infiltrar cierto tipo de órdenes en una mente humana y para conocer lo que pasa en el cerebro de la persona de la que se quiere averiguar algo que ella, voluntaria o involuntariamente, mantiene en secreto.

—Eso es magnífico —dijo Marina—. Pero ¿cuánto duran sus efectos?

—En este caso, lo suficiente para que podamos actuar sin temor a que Shinod prepare su contraataque.

Ball fijó los ojos en Marina un instante.

—Y ahora, por favor, dejadme solo con ella —pidió.

Dawson y las otras dos mujeres abandonaron la estancia.

Marina estaba muy pálida.

—Jess, ¿qué es lo que pretendes? —inquirió.

—No te preocupes. Anda, siéntate.

Ella obedeció, muy aprensiva. Ball le puso el casco en la cabeza.

—Oye, no irás a ordenarme... —Marina, inquieta, se agitó en el sillón—. Si piensas obligarme a que yo... No soy la doble que viajaba en la *Flying Blonde,* ¿entiendes?

Ball se echó a reír.

—Cuando llegue el momento, no necesitaré de una sonda mental —dijo, mientras tomaba el micrófono de nuevo.

—¡Ah, piensas que cederé voluntariamente!

—Resultará mucho más agradable —aseguró él—. Marina, prepárate; quiero que me contestes a algunas preguntas.

—¿Crees que es necesario, Jess?

—Sí.

—Bien, me parece que puedo confiar en ti…

—Gracias, hermosa. ¿Preparada? ¿Sí? Entonces, responde a la primera pregunta: ¿Quién eres tú?

CAPÍTULO XI

A las nueve de la noche del día siguiente, Ball tocó con los nudillos en la puerta de la habitación que Marina ocupaba en el hotel. La joven asomó la cabeza a los pocos momentos.

—Estaré lista en seguida —declaró.

—De acuerdo. Esperamos en el vestíbulo.

Ball descendió a la planta baja. Dawson charlaba animadamente con Swena. La joven cazadora, sin mengua de su atractivo físico, parecía otra. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado y, dados los motivos de la salida de aquella noche, vestía una simple blusa y pantalones oscuros. Pero, aun así, resultaba muy hermosa.

Swena se quejaba de las ropas, a las que no estaba acostumbrada Dawson sonreía socarronamente.

—Ya te acostumbrarás, sobre todo, cuando lleves vestidos más bonitos que éste. Yo me encargaré de tu indumentaria, no te preocupes

Marina bajó en aquel momento, vestida con un traje de una sola pieza, de color gris oscuro. Ball observó que la joven estaba muy pálida.

—¿Te sientes mal? —preguntó. .

Ella se pasó una mano por la frente.

—No, ha sido un ligero vahído... No tiene importancia —contestó—. ¿Vamos?

—Deberías dejarla en el hotel, Jess —aconsejó Dawson.

—¡No! —exclamó Marina con singular vehemencia—.

Iré con vosotros; quiero llegar hasta el fin de este asunto.

—Muy bien, no se hable más —dijo Ball.

Salieron del hotel y se situaron sobre una cinta deslizante. Ball consultó su reloj.

—Son las nueve y media, hora local —dijo—. Shinod y los suyos piensan dar el golpe a la medianoche.

—¿Crees que conseguirán abrir la caja fuerte?

—Si sortean todas las trampas y consiguen evitar que funcione la alarma, abrirán la caja fuerte.

—Luego tendrán un problema que resolver, Jess: eliminar a la impostora.

—Nosotros lo evitaremos, Jake.

—Shinod actuó con gran astucia. A mí jamás se me hubiera ocurrido un plan semejante...

—En primer lugar, no estabas interesado en la política de Jhittasur. Y, en segundo, ignorabas, como yo, que se fabricasen máquinas identificadoras y reproductoras de la fórmula molecular.

—Eso sí es cierto —convino Dawson.

—Shinod no podía realizar la operación en la Tierra, más que nada, por un lógico exceso de precauciones. Pero en cuanto narcotizó a Marina en la nave, puso en funcionamiento la máquina. La operación debió de costarle varios días, por supuesto. Luego, tranquilamente, «copió» en el cuerpo de la otra impostora la fórmula molecular auténtica.

—Lo cual quiere decir que, si no llegamos a tiempo, Shinod conseguirá abrir la caja fuerte.

—Exactamente. Y con los documentos en la mano, probará la impostura de la mujer que ahora se hace pasar por la protectora de Jhittasur y colocará en su puesto a… su «protegida».

—Un juego de palabras muy bonito —comentó Dawson jovialmente—. Shinod, protector de la protectora.

—Y beneficiario de su conspiración, porque es de suponer que, apenas tenga a la chica en el palacio, enjaezará a llenarse los bolsillos.

—Jess, a mí me parece que Shinod no lo hace solamente por el dinero.

—¿Tú crees?

—Pude conocer un poco a Shinod. Oh, no es que rechace el oro, pero creo que le gusta más el poder. Mandar en Jhittasur debe de resultar fascinante.

—Sobre todo, si se hace a través de persona interpuesta, lo cual elimina en buena parte la posible impopularidad.

—Eso es cierto. Pero todos sabemos que Jhittasur es un planetoide muy rico, cuyos gobiernos han sabido preservar celosamente su independencia a lo largo de decenas de siglos. No es aliado de nadie, es neutral y amigo de todos, comercia con los más lejanos planetas..

—Vamos, los actuales fenicios de la galaxia —rió Ball.

Una hora más tarde, cruzaron el puente situado justo frente a la fortaleza, cuyos muros se veían nítidamente, debido a los innumerables reflectores que la rodeaban. Pero, en lugar de continuar por el camino que conducía a la cima de la colina, se desviaron hacia 1a izquierda.

Mil metros más adelante, se detuvieron.

—Aquí es —dijo Ball.

Dawson se inclinó sobre el pretil de la canalización del río. Debajo de ellos se divisaba lo que parecía la boca de un túnel de unos tres metros de diámetro.

El lugar estaba desierto. Ball había ido prevenido para la ocasión y desplegó una escala de cuerda, provista de dos ganchos. Uno a uno, se deslizaron hasta el borde inferior del gran colector, por cuyo centro corría un pequeño arroyuelo de aguas malolientes.

Ball había llevado una pequeña linterna, con la que examinó el suelo del pequeño muelle que era la base de la entrada.

—Ya han iniciado la marcha —dijo.

De pronto, Marina se sentó en el suelo.

—No me encuentro bien —gimió.

Ball se volvió, muy alarmado.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Marina jadeaba fuertemente. Swena se arrodilló a su lado.

—Está muy mal —dijo.

Ball maldijo entre clientes. La repentina indisposición de Marina podía echar por tierra unos planes cuidadosamente trazados.

—Tendremos que llevarla al hotel —exclamó—. Si nos damos prisa...

—No; la dejaremos aquí. Que nos aguarde hasta el regreso —dijo Dawson.

Marina guardó silencio. Súbitamente, echó el torso hacia atrás.

—¡Se muere! —chilló Swena.

—Silencio —rugió Dawson.

En aquel momento, ocurrió algo horrible.

El rostro de Marina se desdibujó. Sus facciones se borraron. Los ojos se convirtieron en dos glóbulos de líquido siruposo, mientras que el pelo se desprendía en grandes mechones. Con horripilante rapidez, su cara, su pecho, sus brazos..., todo su cuerpo, se convirtió en una hedionda pasta semiliquida.

El traje perdió tensión y quedó fláccido. Aquella repugnante pasta se deslizó por el borde y cayó a las aguas del rio, que la arrastraron indiferentes, disolviéndola por completo en su masa liquida.

Un minuto después de la horrible transformación, lo único que quedaba de Marina era un vacío traje de una sola pieza, que despedía un hedor insufrible.

* * *

Durante unos momentos, ninguno de los testigos de aquel espantoso suceso acertó a decir una sola palabra.

El primero en reaccionar fue Dawson. Con las puntas de los dedos índice y pulgar, cogió el traje vacío y lo lanzó al agua.

—Lo siento, socio —dijo.

Ball se sentía anonadado. ¿Qué le había ocurrido a la muchacha? ¿Se trataba acaso de alguna horrible venganza de Shinod?

Dawson le miraba fijamente.

—Bien —murmuró—, tú tienes la palabra. Si lo prefieres, nos volveremos al hotel..., ¡y al diablo con la política de Jhittasur!

—Si yo fuese Jess, seguía adelante, hasta el fin —exclamó Swena

enérgicamente—. Marina ha muerto a causa de Shinod. Jess, tu obligación es vengarla.

Ball procuró llenarse los pulmones de aire.

—Ese tipo no se saldrá con la suya —dijo—. ¡Vamos!

Inmediatamente, echó a andar por uno de los caminos laterales del gran colector. La distancia hasta la vertical de la fortaleza era de unos mil quinientos metros. Ball comprendió que debían pisar con gran cuidado; el menor ruido provocaba sonoros ecos bajo las bóvedas de la gigantesca cloaca.

Avanzaban con gran rapidez. Shinod y sus acompañantes habían desarmado ya todas las trampas. Ball calculó que debían de estar a punto de penetrar en el sótano donde se hallaba la caja fuerte que contenía la documentación referente a Shelitta.

Un cuarto de hora más tarde, llegaron a una gran rotonda, con diversos orificios en el techo, por alguno de los cuales caían delgados chorros de aguas residuales. A la derecha, Ball divisó una escalera de peldaños de hierro, que se perdía en el hueco situado a seis metros del suelo.

—Por aquí.

Inmediatamente, emprendió la ascensión. Dawson le seguía inmediatamente detrás. Swena iba la última.

De pronto, oyeron voces.

—¡Cuidado!

—No des un paso más, chica.

El hueco vertical acababa a dos metros del primer peldaño de la escalera. Ball asomó la cabeza con grandes precauciones.

Había un túnel que aparecía iluminado. Shinod, la impostora, Wanabi y Komt estaban parados a la mitad del mismo.

—Estas bolas no tienen nada —dijo Wanabi de pronto, señalando dos pequeñas esferas de metal, situadas a ambos lados de la pared y a unos ciento veinte centímetros del suelo—. Probablemente, son testigos de dilatación de la estructura del túnel. No hay inconveniente en seguir adelante.

Wanabi dio un paso. De repente, un dardo de luz, blancorrojiza, cruzó el túnel. Al mismo tiempo, se oía un terrible chisporroteo.

El cuerpo de Wanabi se convirtió durante unos segundos en un ascua de luz, que se retorcía epilépticamente. Luego, de pronto, aquella figura incandescente se transformó en polvo negro, que cayó al suelo en tétrica lluvia, que despedía un pestilente olor a carne quemada.

* * *

La chica no pudo contenerse y lanzó un chillido de terror.

—¡Calla, estúpida! —rugió Shinod—. ¿Quieres atraer la atención

de todos los guardias de la fortaleza?

Ball sintió que una mano le tiraba de la pierna derecha. Volviose un poco e hizo signos a su amigo de que debía tener paciencia.

—Wanabi se ha asado vivo —cuchicheó.

De nuevo asomó la cabeza por el borde del túnel. A dos pasos de las bolas de hierro, Shinod contemplaba el panorama, con expresión profundamente concentrada.

Komt y la joven aguardaban expectantes. De pronto, Shinod creyó haber hallado la solución.

—Ya está —dijo—. Pasaremos arrastrándonos. De este modo, no podemos activar las células fotoeléctricas que provocan la descarga eléctrica.

—No es mala idea —admitió Komt—. Pero ¿quién irá en primer lugar?

—Tú, Vor.

El gigante hizo una mueca.

—No me gusta...

—Ya no hay más trampas. La caja fuerte está al final del túnel. ¡Vamos, empieza a reptar!

Komt vaciló todavía unos segundos, pero al fin se tendió en el suelo y empezó a arrastrarse, usando los codos principalmente. Su cabeza y los hombros rebasaron el nivel de la línea imaginaria que unía las dos bolas de metal.

—Pues es cierto —dijo—. Ya no hay más tramp...

La voz de Komt se quebró de pronto en un inhumano gorgoteo. Ball sintió que se le ponían los pelos de punta.

Algo chasqueó horriblemente. Al mismo tiempo, una veintena de hojas metálicas, de un metro de largo, terriblemente afiladas, brotaron del suelo con tremenda potencia. La dura epidermis del erxinita no fue esta vez blindaje suficiente para protegerle de lo que parecían espadas del mejor acero.

Komt emitió unos espantosos sonidos, atravesado su torso por cuatro o cinco espadas, que sobresalían treinta o cuarenta centímetros de su espalda. El dolor le obligó a hacer un esfuerzo sobrehumano, para levantarse y librarse por sí mismo de aquellas enormes agujas que le habían ensartado como un insecto gigantesco, pero las fuerzas le fallaron de pronto y cayó de bruces.

La chica tenía los ojos desorbitados y temblaba como hoja sacudida por el vendaval. De pronto, dio media vuelta y trató de huir.

Shinod, más rápido, alargó una mano y aferró su brazo.

—¡Quieta, estúpida! ¡Mira, las agujas han desaparecido ya!

Ella, acometida por un pánico espantoso, apenas si pudo ver el ensangrentado cuerpo de Komt, quien todavía se agitaba un poco. Las agujas, una vez cumplida su fatídica misión, habían desaparecido de

nuevo en el suelo de granito.

Ball sentía su frente inundada de sudor. Lo que había visto, ¿era el fin de las trampas?

De pronto, Shinod pareció reaccionar. Con rápidos movimientos, se despojó de la chaqueta corta que vestía y la lanzó al aire, a la altura de las bolas de metal. La prenda cayó al otro lado, sin sufrir el menor desperfecto.

—Muy bien —dijo, satisfecho—. La trampa eléctrica ya no funciona, agotada su carga. Veamos ahora la otra.

Asió por los pies el ya inerte cuerpo de Komt y tiró de él hacía si. Haciendo un tremendo esfuerzo, lo puso en pie y luego lo dejó caer al suelo, en el mismo sitio.

Las agujas salieron y desaparecieron de nuevo. Shinod hizo un movimiento de cabeza.

—Chica, yo voy a pasar primero —dijo—. Fíjate cómo lo hago, a fin de evitar que las espadas destrocen esas piernas tan bonitas.

Shinod avanzó con todo cuidado. Puso un pie sobre las posaderas de Komt y luego el otro. El peso de su cuerpo influenció nuevamente el mecanismo de disparo. Las agujas volvieron a perforar por tercera vez el cadáver del erxinita, desapareciendo segundos después. Entonces, Shinod saltó al otro lado.

—Ahora tú —dijo.

Ella procuró dominar el temblor de sus piernas. Shinod alargaba una mano, para ayudarla en el último instante. Ball, a una docena de metros, contemplaba la escena con toda atención. Así podría guiar a sus compañeros, se dijo.

La joven pasó al otro lado. Shinod lanzó un grito de alegría.

—¡Bravo! Hemos llegado a la última etapa. Ven, preciosa...

Ella se resistió un poco, pero Shinod tiró de su mano. Ball esperó unos momentos, hasta que la pareja hubo desaparecido en el fondo del túnel.

Entonces, abandonó el pozo.

—Arriba, Jake —siseó.

Dawson y Swena surgieron de inmediato. Ball avanzó el primero, hasta situarse junto al destrozado cadáver de Komt,

—Diablos, está como un alfiletero..., sin alfileres —comentó el pelirrojo.

—En seguida sabrás los motivos —dijo Ball—. Presta atención, para que hagas después lo misino que yo.

Dawson se quedó pasmado cuando vio salir las espadas. Luego, tras haber visto la forma en que Ball pasaba al otro lado, le imitó, ayudando a Swena a repetir la operación.

La voz de Shinod sonó de pronto en el fondo del túnel:

—Maldita sea... ¿Dónde diablos habrá un interruptor?

Ball corrió sigilosamente, pegado a la pared del túnel. El lugar se hallaba prácticamente a oscuras, ya que su linterna estaba apagada y la de Shinod funcionaba a bastante distancia.

De pronto, se encendió una gran lámpara, situada en el techo de una bóveda semiesférica. Ball se acuclilló junto a la salida del túnel. Sabía que era un movimiento instintivo, acaso inútil, pero no podía hacer otra cosa.

Dawson y la cazadora se situaron tras él. Shinod, vuelto de espaldas, no se fijó en la presencia de unos extraños. Toda su atención estaba centrada en el enorme cubo de vidrio, absolutamente transparente, debajo del cual había una especie de columna de metal, cilíndrica, de un metro de altura por sesenta de diámetro. La columna se hallaba situada sobre un pedestal de granito rosa, que la hacía quedar a unos treinta centímetros del suelo.

Rebosante de satisfacción, Shinod extendió su mano derecha.

—Abre la caja. Eres la única que puede hacerlo —exclamó.

CAPÍTULO XII

La joven vaciló.

—El cristal...

—Rózalo con las yemas de tus dedos; será suficiente.

Ella obedeció. Inmediatamente, se oyó una especie de tañido musical. Un segundo más tarde, el enorme cubo de cristal se convirtió en polvillo blanquecino, que descendió lentamente, hasta posarse en el suelo.

—¿Y la caja? —preguntó ella.

—Mira ese pequeño disco que hay frente a nosotros. Bastará que apoyes en él la yema de tu pulgar, durante diez segundos. El detector interior registrará tu fórmula molecular. Entonces, la puerta de la caja fuerte se abrirá por sí sola.

La joven avanzó un par de pasos, irresoluta.

—Vamos, vamos —exclamó Shinod, impaciente.

Ball se irguió poco a poco.

— Marina, será mejor que no toques la caja —exclamó.

Shinod se volvió en el acto, lanzando un rugido de ira. Ball avanzó unos pasos, hasta situarse junto a la muchacha.

—Otra vez, usted... —dijo Shinod, hirviendo de furia.

—Una vez más, yo —remedó Ball, irónico.

—Ella no es Marina...

—¿Su... asociada, tal vez? Marina, ¿cuándo te secuestraron?

—Fue... esta tarde. Bajé a la peluquería del hotel; entré unos momentos en el lavabo y allí estaba ella... Dijo que debía ocupar mi puesto y que si no lo hacía, tú morirías... Había dos hombres en el lavabo y me sacaron por una ventana que daba al exterior...

—Un truco ingenioso, ¿verdad? —comentó Ball, sonriendo—. ¿Qué le pasaba, Shinod? ¿Acaso no confiaba en los resultados de la máquina analizadora de la fórmula molecular?

—Siempre es preferible el original, ¿no le parece? —contestó el interpelado cínicamente.

—Yo... no entiendo nada de lo que pasa... —dijo la joven, desconcertada.

—Shinod, creo que usted adivinó la verdad hace mucho tiempo, pero no ha actuado por mero desinterés, sino todo lo contrario —dijo Ball—. Esta encantadora joven no conoce todavía su verdadera identidad y usted no pensaba revelársela jamás. Incluso puedo añadir una cosa: si el truco de la máquina analizadora no le hubiera fallado, ella no estaría aquí siquiera.

—¡Jess! ¿Qué es lo que quieres decir? —preguntó ella, muy intrigada.

—Preciosa, la máquina analizadora de fórmulas moleculares sirve para conocer la particular de cada persona, pero es un análisis solamente a efectos médicos. Utilizarla para reproducirla en el cuerpo de otra persona, acarrea funestas consecuencias. Shinod, usted se dio cuenta de que la otra chica estaba indispuesta y decidió traerse a ésta.

—No se encontraba muy bien. Sufrió un par de desmayos y pensé que no podía correr riesgos —contestó el interpelado.

—Ha muerto —dijo Ball—, Y prefiero ahorrarle la descripción de su muerte, porque Marina está delante. Usted dice que no quiso correr riesgos, pero apostaría algo bueno a que no hubo nada de humanitario en su actitud. El traspaso de la fórmula molecular al cuerpo de esa pobre muchacha acabó disgregando totalmente las células de su cuerpo

Marina se tapó la boca con las manos, horrorizada por lo que acababa de escuchar.

—Ha muerto —murmuró Shinod.

—Lo siento por ella. Es probable que usted la cegase, con el brillo del puesto tan elevado que iba a ocupar. Bien mirado, para usted, Shinod, su vida no tiene la menor importancia, como no le ha importado que muriesen cuantos le han ayudado en esta empresa. Pero es muy precavido y si bien respetó, hasta cierto punto, la vida de Marina, fue porque quería tener una carta en reserva. No tenía la seguridad de que su plan no sufriese algún fallo en el último momento y, con Marina viva, podía remediar el error. ¿Me equivoco, Shinod?

—Es usted certero en sus deducciones —contestó el aludido, sonriendo.

—Oh, todavía he deducido más cosas..., aunque lo correcto sería decir que las he averiguado. Por ejemplo, esta preciosa chica es, en realidad, Shelitta, la hija de Ugod VI.

* * *

Dawson oyó aquellas palabras y lanzó un juramento. Marina retrocedió un paso, estupefacta por la insospechada declaración.

—Entonces..., la sonda mental... —balbució.

—Tú me hablaste en cierta ocasión de la amnesia que padeciste algunos años. Me pareció conveniente sondear tu mente. Lo que sucede es que no quise hacerte saber la verdad entonces. Podías haberte delatado, lo que habría hecho sospechar a Shinod.

—Yo... Shelitta... —murmuró ella, todavía bajo el *shock* causado por la inesperada revelación.

—Así es. Y Shinod lo sabía, aunque quería que la segunda impostora ocupase tu puesto, porque a ella la habría manejado con toda facilidad. Pero cuando se convenció de que esa desgraciada no podría abrir la caja donde están los documentos, pensó en raptarte.

Shinod, usted sabía que esa joven moriría. Es un crimen que nadie podrá perdonarle, se lo aseguro.

Shinod lanzó una sarcástica carcajada.

—No tengo que depender de usted ni de nadie para el perdón —contestó—. ¿Sabe lo que voy a hacer ahora?

—¿Por qué no lo explica claramente?

—Sí, ahora mismo. Voy a matarles a todos. Luego veré a la que ocupa el puesto de Shelitta y le diré que he descubierto una conspiración para arrebatarle el cargo. Me recompensará, se lo aseguro.

—No me cabe la menor duda. Pero no puede matar a la auténtica Shelitta.

—¿Por qué?

—Si quiere la recompensa, usted debe presentarse a ella con los documentos en la mano. La impostora podrá destruirlos y nadie conocerá jamás la verdad. Tiene que presentarle pruebas de lo que dice o no le creerá.

—Muy cierto —convino Shinod. De pronto, sacó una pistola—. Abre, Marina —dijo, empleando el nombre a que se había habituado.

Ella fijó la vista en el joven.

—¿Jess?

—Haz lo que te dice —aconsejó Ball.

La joven inspiró con fuerza. Avanzó unos pasos más. Shinod se había situado al otro lado de la columna y les encañonaba con la pistola. Ball se percató de que era un arma disgregadora, que podía convertirles en humo instantáneamente.

—Shinod, tendrá que matarnos fuera de aquí —dijo— Supo inutilizar todas las trampas, pero los detectores funcionan. Si dispara el arma, esto se llenará de guardias en menos de un minuto.

—Abre, Marina —ordenó el sujeto obstinadamente.

La joven apoyó el pulgar en el disco señalado momentos antes. A los diez segundos, parte de la columna giró a un lado y dejó ver el interior.

Shinod movió el arma.

—Apártate —dijo.

Marina retrocedió unos cuantos pasos. Shinod salió de detrás de la columna y, sin dejar de vigilarlos, alargó la mano izquierda. Instantes después, enseñaba un tubo de metal, de unos treinta centímetros de largo por cinco de diámetro.

—Los documentos —exclamó.

—¡Perfecto, Shinod! —sonó de repente, una voz femenina.

* * *

Ball volvió la cabeza.

A diez pasos de distancia, una hermosa joven, de rostro absolutamente igual al de Marina, había surgido en el sótano como por arte de magia.

—No todas las alarmas fueron desconectadas —dijo la recién llegada—. Pero tenía un enorme interés en saber quién estaba aquí y ordené a la guardia que se abstuviera de intervenir. ¿Qué sucede, Shinod? ¿Te sentías descontento, porque el plan que urdiste hace años no dio los resultados que esperabas?

Los labios de Shinod se contrajeron.

—Tú no eres Shelitta...

—¿Crees que no lo sé? Admito que, en un principio, acepté tu plan, porque yo también era ambiciosa y quería ser algo más que una simple... trotacalles. Por eso dejé que cambiaras mi rostro, pero, recuerda, establecí la condición de que debías respetar la vida de Shelitta.

—He cumplido esa condición —contestó Shinod con voz ronca.

—Lo sé. Pero te sentiste despechado cuando pudiste apreciar que yo no me plegaba fácilmente a tus deseos: aumento de impuestos, trampas al Fisco, saqueo del Tesoro... Por eso, andando el tiempo, concebiste la idea de vengarte de mí, trayendo a la auténtica Shelitta para que recobrase su puesto.

—Había otra tercera igual a ti, señora —dijo Ball—, pero ha muerto. Esa era la que debía convertirse en la protectora de Jhittasur y no la verdadera Shelitta.

—Shinod es un tipo de mente retorcida —comentó la joven—. Sí, sabía muchas cosas e incluso llegó a averiguar todo cuanto se refiere a este sótano, excepto un detalle.

Shinod blandió el tubo de metal.

—Aquí están los documentos —rugió—. Puede que yo no gane nada, pero ella te expulsará. Los jueces castigarán tu impostura...

—Estoy dispuesta —declaró la protectora—. En cuanto a ti, ya has recibido tu castigo.

—No me hagas reír. Mira esta pistola; puedo abrirme paso fácilmente. Te obligaré a que me saques de la fortaleza, ¿comprendes?

—Shinod, supiste sortear todas las trampas, menos la última. Alguien, que conocía bien este lugar, me dijo que sólo la verdadera Shelitta podía tocar el tubo con los documentos. ¡Esta es la última trampa!

—Estás mintiendo...

—Es la verdad —dijo la joven, impasible.

Shinod alzó la mano armada. De repente, sus dedos se convirtieron en una masa blanda, de la que se desprendió la pistola.

Un ronco aullido brotó de sus labios. El tubo cayó también al suelo.

Las piernas de Shinod perdieron su rigidez. La voz se extinguió en una especie de maullido, que habría resultado ridículo, de no haber sido por el intenso dramatismo de aquellos momentos.

Shinod cayó y se convirtió en una informe masa, en la que se percibían unos ligeros espasmos. A los pocos momentos, aquel montón de pasta, de un horrible color grisáceo, dejó de moverse.

Sobrevino un espacio de silencio. Súbitamente, la impostora avanzó un par de pasos y dobló una rodilla delante de la joven a quien todos conocían por el nombre de Marina.

—He ocupado tu puesto ilegalmente —dijo—. Estoy dispuesta al castigo que decreten tus jueces.

Marina dudó irnos instantes. De pronto se inclinó, tomó el tubo y desenroscó la tapa.

Unos papeles enrollados aparecieron a la vista inmediatamente.

—Jess, dame un fósforo —pidió.

—Pero ¿qué vas a hacer? —exclamó Ball, aturdido.

—¡Dame un fósforo! —insistió ella.

Ball acabó por encogerse de hombros. Instantes más tarde, los papeles se habían convertido en cenizas.

—Sigo siendo Marina Kessyn —dijo la joven, vuelta hacia la impostora—. Shelitta, tu nombre auténtico no me importa ni quiero saberlo. Puedes estar segura de que ni yo ni mis amigos diremos jamás una sola palabra de lo que ha ocurrido aquí.

—Pero..., es absurdo... Mi puesto es tuyo, te pertenece por herencia —exclamó la impostora.

Marina sonrió.

—No es que haya estado aquí mucho tiempo, pero he oído hablar de ti y en ningún momento he escuchado otra cosa que elogios. Sabes desempeñar bien el cargo..., y creo que yo no sabría acomodarme a ciertas situaciones, en especial a la rigidez del protocolo. Pero, sobre todo, no podría casarme con el hombre a quien amo.

Ball respingó.

Dawson acababa de hundirle el codo en un costado.

—Eso va por ti, socio —dijo.

Con ojos resplandecientes, Marina avanzó hacia el joven.

—Ese hombre eres tú —dijo—. Para mí, vales más que todos los honores y todos los tesoros del mundo

—Lo mismo digo yo. De Swena, naturalmente —exclamó Dawson, riendo atronadoramente.

Shelitta tenía los ojos húmedos.

—Me gustaría hacer algo por vosotros...

—Estaremos algún tiempo en Jhittasur —dijo Ball—. Nos gustaría asistir a la ceremonia de la coronación.

—Tendréis los mejores puestos, os lo aseguro.

Ball fijó la vista en Marina.

—Deberás usar gafas de color mientras estemos en Jhittasur —aconsejó—. No es conveniente que te confundan con ella.

Marina lanzó una alegre carcajada.

—Lo que me interesa es que no te confundas tú —dijo—. Ya pasó una vez..., pero no te lo perdonaría si volviera a suceder.

Ball pasó un brazo en tomo a la esbelta cintura de la joven.

—No habrá más confusiones, te lo aseguro —prometió—. Shelitta, creo que deberíamos volver por donde hemos venido.

—Sí, las trampas están ya desconectadas. Pero volveré a conectarlas apenas hayáis salido. La entrada a este subterráneo quedará definitivamente clausurada. Haré que tapien todos los accesos y...

Se acercó a Marina y la besó suavemente en una mejilla.

—Nadie se quejará de mí en Jhittasur —aseguró.

Ball miró alternativamente a las dos jóvenes, de un parecido tan absoluto. Atrajo a Marina hacia sí y exclamó:

—Me quedo con ésta. Para mí, es la auténtica.

F I N